diseñada para ellos, no para los ricos, los inteligentes, los excepcionales, aunque esa sociedad en la que valga la pena vivir deba reservar un espacio y un margen de acción para dichas minorías. Sin embargo, el mundo no ha sido creado para nuestro disfrute personal ni hemos venido a él por tal motivo. Un mundo que pretenda que esa es su razón de ser no es un buen mundo ni debería ser un mundo perdurable.

2. EL SENTIDO DEL PASADO

En los siguientes capítulos se intenta dar una idea general de las relaciones existentes entre el pasado, el presente y el futuro, que constituyen el verdadero objeto de estudio del historiador. El presente capítulo se basa en la ponencia que sirvió de apertura a la conferencia sobre «El sentido del pasado y la historia» organizada en 1970 por la revista Past and Present *y que apareció en el número 55 de dicha publicación (mayo de 1972) con el título de «The Social Function of the Past: Some Questions».*

Todos los seres humanos somos conscientes de la existencia del pasado (definido como el período que precede a los acontecimientos que han quedado directamente registrados en la memoria de cualquier individuo) como resultado de compartir la vida con personas que nos superan en edad. Todas las sociedades susceptibles de convertirse en centro de interés del historiador tienen un pasado, ya que incluso los habitantes de las colonias más innovadoras proceden de sociedades con una larga historia a sus espaldas. Ser miembro de cualquier comunidad humana significa adoptar una posición respecto al propio (a su) pasado, aunque ésta sea de rechazo. El pasado es, por tanto, una dimensión permanente de la conciencia humana, un componente obligado de las instituciones, valores y demás elementos constitutivos de la sociedad humana. A los historiadores se les plantea el problema de cómo analizar la naturaleza de este «sentido del pasado» en la sociedad y cómo describir sus cambios y transformaciones.

I

Durante la mayor parte de la historia nos encontramos con sociedades y comunidades para las cuales el pasado es básicamente un modelo para el presente. Según dicha teoría, cada generación copia y reproduce a la que le precedió con la máxima fidelidad posible y se considera fracasada si no alcanza su objetivo. Por supuesto, un predominio absoluto del pasado implicaría la exclusión de todos aquellos cambios e innovaciones que es de esperar se produjesen y es poco probable que exista una sociedad humana que no reconociera la presencia de ninguna innovación. Hay dos formas en que esto puede

ocurrir. En primer lugar, está claro que lo que oficialmente se conoce como «pasado» consiste y es obligado que consista en un selecto surtido elaborado a partir del infinito número de cosas que se recuerdan o pueden recordarse. Naturalmente, el alcance de este pasado social formalizado depende de las circunstancias, aunque siempre habrá en él intersticios, es decir, asuntos que no forman parte del sistema de historia consciente al que los hombres incorporan, de un modo u otro, aquellos elementos de su sociedad que consideran importantes. La innovación puede surgir en estos intersticios, ya que no tiene un efecto inmediato en la sociedad ni topa automáticamente con la barrera del «así no es cómo siempre se han hecho las cosas». Por consiguiente, sería interesante preguntarse qué tipo de actividades suelen recibir un trato relativamente más flexible, y diferenciarlas de las que en un momento determinado parecen ser irrelevantes y es posible que tiempo después resulten no serlo. Se podría sugerir que, en igualdad de condiciones, la tecnología, en el amplio sentido de la palabra, pertenece al sector flexible, y la organización social y la ideología o el sistema de valores, al inflexible. Sin embargo, en ausencia de estudios históricos comparativos, la cuestión habrá de permanecer abierta. Por supuesto, hay numerosas sociedades ancladas en la tradición y apegadas a los ritos que en el pasado han aceptado la introducción más o menos repentina de nuevos cultivos, nuevos medios de locomoción (como ocurrió con los caballos en el caso de los indios de Norteamérica) y nuevas armas, sin tener la sensación de haber alterado el modelo heredado del pasado. Por otro lado, lo más probable es que existan otras, todavía no lo suficientemente investigadas, que incluso hayan opuesto resistencia a tales innovaciones.

Sin duda, el «pasado social formalizado» es más rígido, puesto que establece el modelo que deberá aplicarse en el presente y suele ser el tribunal de apelación ante el que se dirimen los conflictos e incertidumbres de la actualidad: ley equivale a costumbre, que es la sabiduría de la edad en las sociedades analfabetas. Los documentos en que se conserva dicho pasado, y que de ese modo adquieren una cierta autoridad espiritual, cumplen la misma función en las sociedades cultas y en las que lo son tan sólo en parte. Es posible que una comunidad de indios americanos reivindique el derecho a la propiedad de unas tierras comunales sobre la base de una posesión que data de tiempos inmemoriales o del recuerdo de una posesión que tuvo lugar en el pasado (y que con toda probabilidad pasaba de una generación a otra de un modo sistemático) o de determinados fueros o decisiones legales que se remontan a la era colonial y que se han conservado con todo cuidado: ambos poseen gran valor como documentos en que quedó registrado un pasado que se considera como la norma por la que se rige el presente.

Esto no excluye cierta flexibilidad o incluso un determinado grado de innovación *de facto*, en tanto en cuanto el nuevo vino pueda verterse en los que, al menos desde un punto de vista formal, continúan siendo los antiguos recipientes. Según parece, los gitanos consideran el negocio de compraventa de coches usados una ampliación más que aceptable del negocio de compraventa de caballos, ya que, al menos en teoría, siguen creyendo que el nomadismo es el único modo de vida aceptable. Los estudiosos del proceso de «modernización» que ha tenido lugar en la India del siglo XX han investigado las diferentes maneras que tienen los poderosos regímenes tradicionales de extenderse o modificarse, tanto de un modo deliberado como en la práctica, sin que oficialmente ello les cause graves trastornos internos, es decir, de forma que se pueda reformular la innovación como no innovación.

En tales sociedades también es posible la innovación radical y consciente, aunque tal vez sea necesario matizar que sólo existe un número muy limitado de formas de poder legitimarla. Se la puede disfrazar de regreso o redescubrimiento de una determinada época del pasado que ha sido dejada de lado o relegada al olvido por equivocación, o inventando para ello un principio antihistórico dotado de una fuerza moral superior que exija la destrucción del *continuum* presente/pasado, como pueda ser, por ejemplo, una revelación de tipo religioso o una profecía. No está claro que, en tales circunstancias, incluso los principios antihistóricos no necesiten apelar para nada al pasado; es decir, que los «nuevos» principios no resulten ser a veces —¿o siempre?— una versión actualizada de las «viejas» profecías o de una «antigua» clase de profecías. Los historiadores y los antropólogos se encuentran con la dificultad de que, siempre que se ha observado o descrito alguno de estos casos rudimentarios de legitimación de las innovaciones sociales más importantes, ha sido cuando las sociedades tradicionales se hallan inmersas en un proceso más o menos drástico de transformación social. En otras palabras: cuando el rígido marco normativo del pasado se ve sometido a una presión límite y tal vez, como consecuencia, sea incapaz de funcionar de un modo «adecuado». Aunque el cambio y la innovación generados por la imposición y la importación de modelos procedentes del exterior sin conexión aparente con las fuerzas sociales internas no tiene por qué afectar al sistema ideológico que una comunidad ha creado en torno al concepto de «novedad» —puesto que el problema de su legitimidad se resuelve planteándolo como un caso de fuerza mayor—, en tales circunstancias, incluso la sociedad más tradicional se verá obligada a aceptar la innovación circundante que amenaza con invadirla. Naturalmente, puede optar por rechazarla *in toto* y aislarse, pero son contados los casos en que esta solución resulta viable durante largos períodos de tiempo.

Por lo general, la creencia de que el presente debe reproducir el pasado se traduce en un proceso de cambio histórico de ritmo bastante lento, ya que, de lo contrario, ni sería realista ni lo parecería, excepto a costa de un enorme esfuerzo social y de la clase de aislamiento al que antes nos hemos referido (como les ocurre a los amish y a otras sectas que actualmente existen en los Estados Unidos). Mientras sea posible asimilar el cambio —demográfico, tecnológico o de cualquier otro tipo— de una forma gradual, incrementándolo poco a poco, por así decirlo, el pasado social oficialmente aceptado estará capacitado para asimilarlo bajo la forma de una historia convertida en mito y quizás también en ritual, bien sea mediante una modificación tácita

del sistema de creencias, bien «ampliando» el marco ideológico, o de cualquier otro modo. De esta forma es posible absorber hasta las medidas transformadoras más drásticas, aunque tal vez a un precio psicosocial muy elevado, como fue el caso de la conversión al catolicismo que los españoles impusieron a los indios tras la conquista de América. De no ser así, habría sido imposible que se produjera tal cúmulo de cambios históricos en todas las sociedades conocidas, sin destruir la fuerza de esta especie de tradicionalismo normativo. A pesar de todo, este tradicionalismo dominó la sociedad rural de los siglos XIX y XX, aunque, es obvio que, incluso entre los campesinos búlgaros de 1850, aquello de «siempre se ha hecho así» debió de ser muy diferente de lo que fue allá por 1150. La idea de que la «sociedad tradicional» es estática e inmutable es un mito creado por una ciencia social de escaso vuelo. Sin embargo, si la transformación no alcanza cierto nivel, la sociedad puede seguir siendo «tradicional»: el molde del pasado continúa dando forma al presente, o, al menos, es lo que se espera que haga.

Hay que reconocer que, independientemente de cuál sea su importancia numérica, el hecho de centrar la atención en el campesinado tradicional supone utilizar un argumento un tanto tendencioso. En muchos sentidos, estos campesinados sólo constituyen una parte de un sistema socioeconómico e incluso político más amplio en cuyo interior tienen lugar una serie de cambios que no se ven influidos por la versión campesina de la tradición, o bien se producen dentro del marco de un sistema de tradiciones dotado de una mayor flexibilidad, como por ejemplo el contexto urbano. Mientras las transformaciones que afectan a algunas partes del sistema no modifiquen las instituciones y relaciones internas de una manera que no haya sido prevista en el pasado, nada se opone a que se produzcan rápidamente una serie de cambios aislados. Puede que incluso pasen a formar parte de un sistema de creencias estable. Los campesinos moverán la cabeza en sentido negativo mientras contemplan con suficiencia a los habitantes de las ciudades, quienes, como todo el mundo sabe, «siempre andan buscando algo nuevo»; y los respetables ciudadanos harán lo mismo con la nobleza de la corte, consagrada a una febril invención de una serie de modas, a cual más efímera e inmoral que la anterior. El predominio del pasado no equivale necesariamente a una imagen de inmovilidad social. Es compatible con períodos de cambio histórico de carácter cíclico, y, por supuesto, con el retroceso y con la catástrofe (o, lo que es lo mismo, con el fracaso del intento de reproducir el pasado). Con lo que resulta incompatible es con la idea de un progreso ininterrumpido.

II

Cuando el cambio social acelera o transforma la sociedad más allá de cierto punto, el pasado debe dejar de ser el patrón sobre el que se traza el presente para pasar a ser como máximo un modelo de referencia. «Tendríamos que recuperar las costumbres de nuestros antepasados» cuando ya no las

seguimos ni se espera que lo hagamos. Esto significa que ha tenido lugar una transformación radical en el propio pasado, que se convierte —y debe convertirse— en una máscara de la innovación, puesto que su misión ya no consiste en expresar la repetición de lo acaecido con anterioridad, sino determinadas acciones que, por definición, son diferentes de las que se produjeron en otra época. Incluso si el intento de dar marcha atrás se llevara a cabo al pie de la letra, las cosas nunca volverían a ser como en los viejos tiempos; como mucho, se lograría rescatar algunos de los elementos que integraron el sistema formal del pasado consciente que en ese momento serían muy distintos desde un punto de vista funcional. Buen ejemplo de ello es el ambicioso intento de Zapata de reproducir la sociedad campesina de Morelos (México) tal como había sido cuarenta años antes con el fin de borrar de golpe la era de Porfirio Díaz y regresar al *statu quo ante*. En primer lugar, no consiguió reconstruir el pasado en el sentido literal de la palabra, ya que ello suponía en mayor o menor medida reconstruir algo de lo que no se tenía un conocimiento preciso ni objetivo (por ejemplo, los límites exactos de las tierras comunales que se disputaban varias comunidades), por no mencionar la construcción de lo que «tendría que haber sido» y, por lo tanto, de lo que se creía, o cuando menos se imaginaba, que había existido realmente. En segundo lugar, la tan odiada innovación no era un simple cuerpo extraño que hubiera logrado penetrar en el organismo social como si se tratara de una bala alojada en la carne que se pudiese extraer quirúrgicamente para dejar al organismo en las mismas condiciones de antes. Representaba un aspecto del cambio social que no se podía aislar de los demás y que, en consecuencia, sólo se podía eliminar realizando transformaciones más profundas que la operación prevista. En tercer lugar, de forma casi inevitable, el simple esfuerzo social que suponía volver atrás en el tiempo puso en marcha una serie de fuerzas que tuvieron consecuencias aún más trascendentales: los campesinos armados de Morelos se convirtieron en un elemento revolucionario fuera de su estado, aunque sus objetivos tenían un alcance local o, como mucho, regional. En tales circunstancias, la reconstrucción se transformó en una revolución social. Dentro de las fronteras del estado (al menos mientras el poder siguió en manos de los campesinos), lo más probable es que consiguiera que las manecillas del reloj retrocedieran más allá de donde realmente se encontraban en el decenio de 1870, al cortar los vínculos de unión con una economía de mercado más amplia que existía incluso por aquel entonces. Si se contempla la revolución mexicana desde una perspectiva nacional, la principal consecuencia del intento zapatista fue dar lugar a un México nuevo, sin ningún precedente histórico conocido.[1]

Aun admitiendo la imposibilidad de que los esfuerzos por recuperar un pasado perdido triunfen al pie de la letra, salvo en sus modalidades menos significativas (como la restauración de edificios en ruinas), continuará habiendo intentos encaminados a tal fin que por lo general serán muy selectivos. (El caso de una región agrícola atrasada que intente reconstruir *todo* aquello de lo que se tiene memoria no presenta el menor interés desde el

punto de vista de un análisis comparativo.) ¿En qué aspectos del pasado se acabará proyectando el esfuerzo restaurador? Es probable que los historiadores hayan reparado en la frecuencia con que se producen ciertos llamamientos en favor de la vuelta al pasado: a favor de las antiguas leyes, la vieja moralidad, la religión de otras épocas, por mencionar unos cuantos, y puede que les tiente la idea de generalizar a partir de estos hechos. Sin embargo, antes de hacerlo, tal vez sería aconsejable que sistematizasen sus propias observaciones y buscasen una posible orientación en las obras de los antropólogos sociales y otros científicos cuyas teorías pueden estar muy relacionadas con el tema. Por otra parte, antes de adoptar un enfoque excesivamente superestructural, tal vez recuerden que no es la primera vez que se intenta restaurar una estructura económica en desuso o a punto de extinguirse. Aunque en la Gran Bretaña del siglo XIX la esperanza de regresar a una economía de pequeños propietarios campesinos no pasara de ser una escena bucólica soñada por los habitantes de las grandes ciudades (deseo que, al menos al principio, no compartían los verdaderos jornaleros sin tierra), constituía no obstante un elemento esencial de la propaganda radical y uno de los que se reivindicaban con mayor insistencia.

Sin embargo, aun a falta de un modelo general que resulte útil para explicar esta reimplantación selectiva, habría que hacer una distinción entre los intentos de este tipo que se quedaron en un mero plano simbólico y los que efectivamente se llevaron a cabo. Los llamamientos a la recuperación de una antigua moral o religión siempre se efectúan con la intención de obtener resultados tangibles. Si tienen éxito, en principio ninguna chica mantendrá relaciones sexuales antes del matrimonio o todo el mundo asistirá a misa, por poner un ejemplo. Por el contrario, aun admitiendo el componente estético presente en él, el deseo de reconstruir con toda exactitud la fábrica de Varsovia destruida por las bombas tras el fin de la segunda guerra mundial o, a la inversa, el de derribar determinados testimonios que dan prueba de un proceso renovador como el monumento a Stalin en Praga, es puramente simbólico. Se podría pensar que ello se debe a que lo que en realidad la gente quiere reconstruir es demasiado vasto e indefinido para conseguir devolverlo a la vida gracias a una serie de acciones restauradoras concretas: este es el caso, por ejemplo, de la «grandeza» o la «libertad» de épocas pasadas. La relación que existe entre la restauración real y la simbólica puede llegar a ser verdaderamente compleja y hasta es posible que ambos elementos se den al mismo tiempo. Para justificar la reconstrucción del edificio del parlamento en la que Winston Churchill tanto insistía podrían aducirse motivos de eficacia, es decir, que el mantenimiento de un diseño arquitectónico favorecía un modelo muy concreto de política, debate y ambiente parlamentarios que resultaban esenciales para el funcionamiento del sistema político británico. No obstante, como ya sucediera con la elección del estilo neogótico para los edificios, también parece indicar la presencia de un importante componente simbólico, tal vez incluso de una forma de magia que, a través de la recuperación de una parte pequeña aunque emocionalmente muy significativa de ese pasado perdido, consigue restaurar la totalidad del mismo.

Sin embargo, lo más probable es que, tarde o temprano, se llegue a un punto en que el pasado no sólo ya no pueda reproducirse de un modo literal, sino ni siquiera reconstruirse de una forma parcial. Una vez alcanzado este punto, el pasado se convierte en algo tan alejado de la realidad tangible, e incluso de la recordada, que es posible que al final quede reducido a un mero lenguaje para definir en términos históricos ciertas aspiraciones que existen en el mundo actual y que no necesariamente son conservadoras. Los anglosajones libres anteriores al yugo normando o la feliz Inglaterra de la época previa a la Reforma son ejemplos conocidos. Como también lo es, por citar un caso contemporáneo, la metáfora de «Carlomagno», que desde Napoleón I, se ha venido empleando para tratar de difundir distintas modalidades de unidad europea de tipo parcial, ya sea mediante un proceso federativo o a través de una conquista llevada a cabo por el bando francés o el alemán, y que a todas luces no tiene por objeto la recreación de nada que se parezca siquiera remotamente a la Europa de los siglos VIII y IX. En este punto (lo crean o no sus defensores) es donde la exigencia de recuperar o recrear un pasado tan lejano que su relación con el presente es mínima puede equivaler a una total innovación, y donde existe la posibilidad de que el pasado que así se invoca se convierta en un artificio o, para expresarlo en términos menos halagüeños, en una mentira. El nombre «Ghana» transfiere la historia de una parte de África a otra muy distante geográficamente hablando y totalmente diferente desde un punto de vista histórico. En la práctica, la demanda sionista de regresar al pasado anterior a la diáspora en la tierra de Israel representaba la negación de la *verdadera* historia del pueblo judío durante más de 2.000 años.[2]

Aunque estamos bastante familiarizados con la historia inventada, tendríamos que distinguir entre los usos retóricos o analíticos de la misma y los que llevan implícitos algún tipo concreto y genuino de «restauración». Entre los siglos XVII y XIX, los radicales ingleses no tenían ninguna intención de volver a la sociedad anterior a la conquista; para ellos, el «yugo» normando era ante todo un recurso explicativo, los «anglosajones libres» eran con mucho una analogía o la búsqueda de una genealogía, como se verá más adelante. Por otra parte, los movimientos nacionalistas modernos, a los que, siguiendo a Renan, definiríamos como movimientos que se olvidan de la historia o, mejor dicho, que la malinterpretan, porque, desde el punto de vista de la historia, sus objetivos no tienen precedentes, a pesar de todo insisten en definirse en mayor o menor medida en términos históricos y de hecho hasta tratan de hacer realidad algunas partes de esa historia ficticia. Como es lógico, esto es aplicable sobre todo a la definición del territorio nacional, o para ser más exactos, a las reivindicaciones territoriales, aunque existen varias formas cuyo deliberado arcaísmo es de sobras conocido y que van desde los neodruidas galeses a la adopción del hebreo como lengua secular hablada y a los Ordensburgen de la Alemania nacionalsocialista. Insisto en que ninguno de ellos puede considerarse en modo alguno una «reconstrucción», o incluso un «restablecimiento». Son innovaciones que utilizan o pretenden utilizar elementos de un pasado histórico, sea este real o imaginario.

¿Qué clase de innovaciones actúan de este modo y bajo qué condiciones? Los más evidentes son los movimientos nacionalistas, ya que la historia es la materia prima que se moldea con más facilidad durante el proceso de construcción de las «naciones» de nueva planta que constituye su principal objetivo. ¿Qué otros movimientos se comportan así? ¿Puede decirse que es más probable que unas aspiraciones tiendan más que otras a definirse de esta forma, por ejemplo las relacionadas con la cohesión social de los grupos humanos o las que encarnan el «sentido de la comunidad»? Es necesario dejar la pregunta sin responder.

III

El problema del rechazo sistemático del pasado sólo surge cuando se admite que la innovación es a un tiempo inevitable y aconsejable desde un punto de vista social: es decir, cuando es sinónimo de «progreso». Esto plantea dos cuestiones distintas: cómo se llega a reconocer y legitimar la innovación como tal innovación, y qué forma asume la situación derivada de ella (es decir, cómo se formula un modelo de sociedad cuando el pasado ya no puede proporcionarlo). La primera es la que resulta más fácil de contestar.

Sabemos muy poco del proceso que ha logrado convertir los términos «nuevo» y «revolucionario» (tal como se usan en el lenguaje publicitario) en sinónimos de «mejor» y «más atractivo», por lo que sería muy necesaria una investigación a fondo del tema. Sin embargo, a primera vista parece que se tienen menos reparos en aceptar la novedad o incluso una innovación de carácter constante cuando está relacionada con el control que los seres humanos ejercemos sobre la naturaleza, como ocurre, por ejemplo, con la ciencia y la tecnología, debido a las evidentes ventajas que buena parte de ella ofrece incluso a los más fervientes partidarios de la tradición. ¿Es que alguna vez las bicicletas o las radios han sido objeto de un ataque ludita digno de mención? Por otro lado, mientras que a algunos grupos humanos les pueden parecer atrayentes determinadas innovaciones de tipo sociopolítico, al menos con vistas al futuro, las implicaciones sociales y humanas de la innovación (incluyendo la innovación técnica) suelen suscitar una mayor oposición, por motivos igualmente obvios. Es posible que los constantes avances que se producen en materia tecnológica sean recibidos favorablemente por los mismos que muestran un profundo disgusto ante la rápida transformación que experimentan las relaciones humanas (por ejemplo, en materia sexual y familiar) y a los que incluso les cuesta imaginar que dichas relaciones puedan estar sujetas a un continuo proceso de cambio. Cuando se rechaza incluso la innovación tecnológica de utilidad demostrada, la razón se encuentra generalmente, por no decir siempre, en el miedo a la transformación social, es decir, a la conmoción que la acompaña.

Legitimar la innovación cuya utilidad resulta tan evidente y es tan neutra desde un punto de vista social, que es aceptada casi de inmediato, o que en todo caso lo es por parte de la gente que está familiarizada con el cambio tecnológico, no plantea el menor problema. Se podría pensar (¿pero se ha investigado en realidad el tema?) que incluso una actividad tan partidaria de la tradición como la religión institucional popular la ha aceptado sin dificultad. Sabemos que existe una gran resistencia a introducir cualquier tipo de cambio en los antiguos textos de carácter sagrado, pero no parece haberse producido una reacción similar con respecto, por ejemplo, al abaratamiento de las imágenes e iconos sagrados por medio de procesos tecnológicos como el grabado y la oleografía. Por otra parte, algunas innovaciones necesitan que se las legitime, y en aquellos períodos en que el pasado ya no es capaz de suministrar algo que les sirva de precedente, este hecho se convierte en fuente de graves dificultades. Por importante que sea, cuando la innovación se suministra en una sola dosis no resulta tan conflictiva. Se la puede presentar como la victoria de un determinado principio positivo sobre su contrario, o como un proceso de «corrección» o «rectificación», del predominio de la razón sobre la sinrazón, del conocimiento sobre la ignorancia, de lo natural sobre lo que no lo es, del bien sobre el mal. Sin embargo, los dos últimos siglos se han caracterizado por un proceso de cambio constante e ininterrumpido, que, salvo excepciones, no es posible tratar como tal si no es a costa de una casuística considerable, como la necesidad de aplicar constantemente principios inmutables a unas circunstancias siempre cambiantes de una serie de maneras que permanecen sumidas en el misterio o exagerando la potencia de las fuerzas del mal que aún perduran.[3]

Paradójicamente, el pasado sigue siendo la herramienta analítica más útil para enfrentarse al cambio constante, aunque de una forma totalmente nueva. Se transforma en el descubrimiento de la historia como un proceso de cambio direccional, de desarrollo o evolución. De esta forma, el cambio se convierte en su propia legitimación, si bien estrechamente vinculado a un «sentido del pasado» totalmente distinto. Un excelente ejemplo de ello procedente del siglo XIX es la obra de Bagehot *Física y política* (1872); los conceptos de «modernización» vigentes en la actualidad ilustran una serie de versiones mucho más simplistas del mismo enfoque. En resumen, lo que legitima y explica el presente ya no es el pasado concebido como conjunto de puntos de referencia (por ejemplo, la Carta Magna), o incluso como el período de tiempo en que algo tiene lugar (por ejemplo, la época de las instituciones parlamentarias), sino el pasado considerado como proceso de conversión en el presente. Frente a la imperiosa realidad del cambio, hasta el pensamiento conservador se vuelve historicista. Puesto que la comprensión *a posteriori* es la forma más convincente que adopta la sabiduría del historiador, quizás resulte más apropiado para ellos que para la mayoría.

Pero ¿qué ocurre con los que además necesitan la capacidad de prever, de concretar un futuro que en nada se parece al pasado? Tratar de hacerlo sin recurrir a algún tipo de ejemplo resulta extraordinariamente difícil y a menudo nos encontramos con que las personas que más esfuerzo dedican a la innovación sienten la tentación de buscar uno, por muy inverosímil que sea, y

lo incluyen en el propio pasado, o en lo que viene a ser lo mismo, la «sociedad primitiva», considerada como una modalidad en que el pasado del hombre coexiste con su presente. Sin duda, los socialistas de los siglos XIX y XX utilizaron el «comunismo primitivo» como un elemento de análisis, pero el hecho de que lo emplearan muestra con claridad la ventaja de contar con un precedente concreto incluso para aquello que no lo tiene, o, al menos, con un ejemplo de cómo resolver los nuevos problemas, aunque las soluciones que en el pasado se dieran a problemas análogos resulten inaplicables al presente. Por supuesto, no existe ninguna necesidad teórica de describir el futuro con toda exactitud, pero, en la práctica, la exigencia de que se prediga o se formule un modelo que lo explique es demasiado fuerte para hacer caso omiso de ella.

El método más práctico y popular de predicción ha sido siempre un tipo u otro de historicismo, es decir, la extrapolación más o menos sofisticada y compleja de las tendencias del pasado al futuro. En cualquier caso, se puede saber cómo será el futuro si se investiga el proceso de desarrollo de épocas anteriores en busca de pistas, de ahí la paradoja de que, cuanto más convencidos estemos de que va a producirse algún tipo de innovación, mayor será nuestra necesidad de recurrir a la historia para tratar de averiguar qué características tendrá. En este procedimiento tienen cabida desde las versiones más simplistas —la visión del futuro como un presente ampliado y mejorado o un presente ampliado y peor, tan típica de las extrapolaciones tecnológicas o de las antiutopías sociales de tipo pesimista— a los planteamientos que desde un punto de vista intelectual se caracterizan por una mayor complejidad y ambición; pero, básicamente, la historia sigue siendo el punto de partida en ambos casos. Sin embargo, llegados a este punto surge una contradicción, cuya naturaleza ya dejó entrever Karl Marx cuando se mostró convencido de la inevitable sustitución del capitalismo por el socialismo al mismo tiempo que mostraba una enorme reticencia a dar detalles sobre cómo sería en realidad la sociedad socialista y comunista. Este no es sólo un hecho de sentido común: ser capaz de identificar las tendencias generales no equivale a poder predecir qué consecuencias concretas tendrán en las circunstancias del futuro, que, aparte de ser complejas, son en muchos sentidos desconocidas. También constituye un indicio de que existe un conflicto entre un modo básicamente historicista de analizar cómo se desarrollará el futuro, que da por supuesto que el proceso de cambio histórico no conoce interrupciones, y el que hasta ahora ha sido el requisito universal de los modelos programáticos de sociedad, a saber, un cierto grado de estabilidad. La utopía es por naturaleza un estado estacionario que tiende a reproducirse a sí mismo y cuyo implícito ahistoricismo sólo están en condiciones de soslayar aquellos que opten por no describirlo. Aun siendo diseñados para explicar una serie de circunstancias que se encuentran en plena transformación, incluso los modelos menos utópicos de la «sociedad ideal» o del sistema político adecuado suelen servirse para ello de un marco relativamente estable y previsible de instituciones y valores que no se verá afectado por tales cambios. En teoría no existe nada que impida definir los sistemas sociales en términos de un cambio continuo, pero, en la práctica, no parece haber demasiada necesidad de que se haga así, quizás porque cuando las relaciones sociales son inestables e imprevisibles en exceso resultan especialmente desconcertantes. En el sistema de Comte, el término «orden» va unido al de «progreso», pero el análisis de uno de ellos apenas nos dice nada de cómo se ha de plantear el otro. La historia deja de resultar de utilidad justo en el momento en que más la necesitamos.[4]

En consecuencia, es posible que nos veamos obligados a recurrir una vez más al pasado, utilizándolo de un modo parecido a como tradicionalmente se ha hecho, es decir, como depósito de precedentes, si bien esta vez nos basaremos en una serie de programas o modelos que nada tienen que ver con él para efectuar nuestra selección. Es muy probable que esto suceda en el momento de realizar el diseño de la «sociedad ideal», ya que la mayor parte de lo que sabemos acerca del buen funcionamiento de las sociedades consiste en conocimientos empíricos que hemos acumulado en el curso de los miles de años que llevamos viviendo en grupos humanos de muy distintas maneras, complementado tal vez con el estudio de la conducta social de los animales, que se ha puesto muy de moda de un tiempo a esta parte. Es indudable que la investigación histórica de «lo que sucedió en realidad» resulta muy valiosa para resolver tal o cual problema concreto del presente, además de constituir una corriente de aire fresco para algunas actividades históricas que se han quedado bastante anticuadas, siempre y cuando éstas tengan algo que ver con los problemas modernos. Por consiguiente, es no sólo posible, sino también deseable, que lo que les ocurrió a los pobres que fueron desplazados por la construcción en gran escala del tendido ferroviario o lo sucedido durante el siglo XIX en el centro de las grandes ciudades arrojase algún tipo de luz sobre las posibles consecuencias de la imparable construcción de autopistas que estamos viviendo a finales del siglo XX, del mismo modo que los distintos episodios de «poder estudiantil» que tuvieron lugar en las universidades medievales[5] no son ajenos a los proyectos que pretenden cambiar la estructura legal de las universidades modernas. Sin embargo, la naturaleza del que a menudo es un proceso arbitrario de inmersión en el pasado en busca de ayuda para poder así prever el futuro requiere un mayor análisis que el que hasta ahora ha recibido. Por sí solo no basta para ocupar el lugar de la construcción de modelos sociales adecuados, vayan éstos o no acompañados de la correspondiente investigación histórica, sino que sólo sirven para reflejar y quizás en algunos casos para paliar su actual insuficiencia.

IV

El uso social del pasado no queda ni mucho menos reflejado en estos comentarios hechos de pasada. No obstante, aunque aquí no es posible analizar de forma más pormenorizada los demás aspectos de la cuestión, sí se pueden

mencionar brevemente dos problemas concretos: los del pasado como genealogía y como cronología.

El sentido del pasado como un continuo de experiencia de carácter colectivo sigue siendo asombrosamente importante, incluso para los más partidarios de la innovación y de la creencia de que novedad equivale a mejora: como lo demuestra el hecho de que en todas partes se incluya la «historia» dentro de los planes de estudio de todos los sistemas educativos modernos, o el que anden buscando antecedentes (Espartaco, Moro, Winstanley) los revolucionarios de nuestros días, quienes, en caso de ser marxistas, contagian a sus formulaciones teóricas con su propia intrascendencia. ¿Qué ganan o ganaron en concreto los marxistas modernos con saber que en la antigua Roma tuvieron lugar una serie de revueltas de esclavos que, según se deduce de sus propios análisis, incluso en el supuesto de que persiguieran fines comunistas, estaban destinadas al fracaso o a producir unas consecuencias que apenas guardan relación con las aspiraciones de dichos marxistas? Evidentemente, la sensación de pertenecer a una antigua tradición de sublevaciones proporciona una gran satisfacción emocional, pero es necesario preguntarse sobre el cómo y el porqué. ¿Es análoga a la sensación de continuidad que infunden los programas de historia y que, por lo visto, es la que convierte en materia de estudio aconsejable para los niños la existencia de Boadicea o Vercingetórix, el rey Alfredo el Grande o Juana de Arco, como parte del bagaje informativo con el que (por razones que se dan por válidas pero rara vez se investigan) «se supone que deben estar familiarizados» por su condición de ingleses o franceses? La atracción que ejerce el pasado concebido como continuidad y tradición, como «nuestros antepasados», es muy fuerte. Incluso los hábitos turísticos dan buena prueba de ello. Sin embargo, el hecho de que nos identifiquemos de un modo instintivo con esta forma de sentir no debería hacernos pasar por alto la dificultad que entraña averiguar por qué ocurre tal cosa.

Ni que decir tiene que la dificultad es mucho menor en el caso de las modalidades de genealogía más comunes, con las que se intenta apuntalar una autoestima llena de inseguridades. Los burgueses advenedizos tratan de conseguir un linaje, las naciones o movimientos de nuevo cuño optan por incorporar a su historia algunos ejemplos de hazañas y esplendores ya pasados en proporción a cuáles crean que son las carencias de su verdadero pasado, esté o no justificada dicha opinión.[6] La cuestión más interesante en relación con este tipo de prácticas genealógicas es si llegan a convertirse en algo prescindible y en qué momento sucede tal cosa. La experiencia de la moderna sociedad capitalista parece indicar que quizás sean a un tiempo permanentes y transitorias. Por un lado, los nuevos ricos de finales del siglo XX continúan aspirando a todo aquello que caracteriza la vida de una aristocracia que, a pesar de su escasa importancia política y económica, sigue simbolizando el estatus social superior (la mansión campestre, el director ejecutivo renano que se dedica a cazar alces y jabalíes en un lugar tan inverosímil como son las cercanías de las repúblicas socialistas, por mencionar algunos ejemplos). Por

otro lado, los edificios y elementos decorativos de tipo neomedieval, neorenacentista y Luis XV de la sociedad burguesa decimonónica dieron paso en un determinado momento a un estilo deliberadamente «moderno», que no sólo renunció a apelar al pasado, sino que incluso desarrolló un dudoso parecido estético entre la innovación artística y técnica. Por desgracia, hasta ahora la única sociedad de la historia que nos ha proporcionado el material adecuado para realizar un estudio comparativo de la influencia de los antecedentes y la novedad es la sociedad capitalista occidental de los siglos XIX y XX y no sería prudente generalizar basándonos en un solo caso.

Por último, el problema de la cronología, que nos conduce al extremo opuesto de una posible generalización, puesto que es difícil pensar en alguna sociedad conocida que no considere oportuno dejar constancia por distintos motivos del transcurso del tiempo y la sucesión de los acontecimientos. Por supuesto, como ha señalado Moses Finley, existe una diferencia esencial entre un pasado cronológico y uno que no lo es: entre el Odiseo de Homero y el de Samuel Butler, al que de un modo natural y muy poco homérico se concibe como un hombre de mediana edad que regresa junto a una esposa avejentada tras una ausencia de veinte años. Ni que decir tiene que, desde el momento en que la historia es un proceso de cambio direccional, la cronología es fundamental para el significado histórico del pasado vigente en nuestros días. El anacronismo es una señal de alarma que alerta inmediatamente al historiador y su capacidad para causar un impacto emocional en una sociedad tan apegada a las cronologías es de tal calibre, que se presta con gran facilidad a que las artes saquen partido de él: en la actualidad, un *Macbeth* con vestuario moderno saca partido de ello de una forma en que, por razones obvias, un *Macbeth* de la época jacobita nunca pudo hacer.

A primera vista es menos esencial para el sentido tradicional del pasado (patrón o modelo para el presente, almacén y depósito de experiencia, sabiduría y precepto moral). En un pasado de este tipo no se cree necesariamente que los acontecimientos se producen de forma simultánea, como los romanos y los moros que luchan entre sí en las procesiones de Semana Santa en España, o incluso fuera del tiempo: la relación cronológica que existe entre ambos es simplemente intrascendente. La cuestión de si Horacio Cocles se convirtió en un ejemplo para los romanos de épocas posteriores antes o después de Mucio Escévola sólo tiene interés para los pedantes. Del mismo modo (por citar un ejemplo de nuestros días), la importancia que puedan tener los macabeos, defensores de Masada y Bar Kohba, para los actuales israelíes no guarda la menor relación con la distancia cronológica que separa a ambos y la que existe entre ellos mismos. En el instante en que se introduce el tiempo real en dicho pasado (por ejemplo, cuando se analizan Homero y la Biblia aplicando los métodos empleados en los estudios históricos modernos) se convierte en algo totalmente distinto. Desde el punto de vista social se trata de un proceso alarmante, además de constituir un síntoma de transformación social.

No obstante, en muchas (¿quizás en todas?) las sociedades que conocen

la escritura, e incluso en aquellas que no la conocen, la cronología histórica, por ejemplo en forma de genealogías y crónicas, tiene a ciertos efectos una importancia que está fuera de toda duda, si bien la capacidad de las primeras para generar testimonios escritos a lo largo del tiempo les permite inventar una serie de posibles usos que resultarían inviables en las que sólo cuentan con una tradición oral. (Sin embargo, aunque se han investigado los límites de la memoria histórica de carácter oral desde el punto de vista de las necesidades del estudioso de nuestro tiempo, los historiadores han prestado menos atención al problema de su falta de adecuación a las necesidades de sus propias sociedades.)

En su sentido más amplio, todas las sociedades poseen mitos de creación y desarrollo que simbolizan el paso del tiempo: en un principio las cosas eran así y luego cambiaron para ser de esta otra manera. Y, a la inversa, una concepción providencial del universo también presupone que los acontecimientos siguen un orden determinado, puesto que la teleología (incluso habiendo logrado sus objetivos) es una especie de historia. Por otra parte, se presta de un modo inmejorable a la cronología, en caso de que haya una, como demuestran las diversas especulaciones milenaristas o las discusiones en torno al año 1000 d.C., que implican la existencia previa de un sistema de datación.[7] En un sentido más concreto, el proceso de comentar textos antiguos de una validez permanente o de descubrir las aplicaciones concretas de la verdad eterna supone ya la aplicación de una cierta cronología (por ejemplo, la búsqueda de los antecedentes). Huelga decir que puede ser necesario realizar cálculos cronológicos más precisos para alcanzar una gran variedad de objetivos económicos, legales, burocráticos, políticos y rituales, al menos en aquellas sociedades alfabetizadas que están en condiciones de dejar constancia escrita de los mismos, incluyendo, por supuesto, la invención con fines políticos de una serie de precedentes antiguos y favorables.

En algunos casos, la diferencia entre dicha cronología y la que utiliza la historia contemporánea es bastante clara. La búsqueda de precedentes que llevan a cabo los abogados y los burócratas está totalmente concebida en función de las necesidades del presente. Su objetivo consiste en descubrir los derechos legales de hoy día, la solución de los problemas administrativos modernos, mientras que al historiador, por muy interesado que pueda estar en la relación que existe entre unas determinadas circunstancias y el presente, lo que de verdad le importa es la diferencia que hay entre ellas. Por otro lado, este no es el único rasgo que caracteriza a la cronología tradicional. Es posible que exista una percepción generalizada de la historia, de la unidad del pasado, el presente y el futuro, a pesar de lo incapaces que podamos llegar a ser los seres humanos para recordarla y dar testimonio de ella, como también es posible que sea necesario medirla con algún tipo de cronología, por muy incomprensible o imprecisa que nos pueda parecer. Pero aunque esto sea así, ¿dónde se encuentra la línea divisoria entre el pasado cronológico y el no cronológico, entre la cronología histórica y no histórica que coexisten a un mismo tiempo? La respuesta no está clara en absoluto. Si la encontráramos, tal vez lograse arrojar luz no sólo acerca del sentido que el pasado tenía en sociedades de épocas anteriores, sino también en la nuestra, donde la hegemonía de una de sus formas (el cambio histórico) no impide que subsistan otras concepciones del sentido del pasado en diferentes entornos y circunstancias.

Cuesta menos formular preguntas que dar respuestas, y esta ponencia ha preferido la vía más fácil a la más difícil. Sin embargo, quizás el hecho de hacer preguntas, sobre todo acerca de aquellas experiencias que tendemos a dar por supuestas, no resulte ser una ocupación inútil. Estamos inmersos en el pasado, como un pez lo está en el agua, y no podemos escapar de él. Pero nuestra forma de vivir y movernos en este medio hacen necesarios el análisis y el debate. Mi propósito no era otro que estimular ambas cosas.

3. ¿QUÉ PUEDE DECIRNOS LA HISTORIA SOBRE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA?

Originariamente, el presente capítulo fue una conferencia que di en la Universidad de California (campus de Davis) con ocasión del setenta y cinco aniversario de la institución. El texto ha permanecido inédito hasta la fecha. He cambiado los tiempos verbales de presente por otros de pasado allí donde lo he creído necesario y he eliminado todos aquellos pasajes que hacen referencia a temas que se tratan en otros capítulos del libro.

¿Qué puede decirnos la historia sobre la sociedad contemporánea? Al formular dicha pregunta, no pretendo embarcarme en el típica defensa de aquellos académicos que ocupan su tiempo en estudiar una serie de materias interesantes pero en apariencia inútiles como el griego y el latín, la crítica literaria o la filosofía, sobre todo cuando, para seguir haciéndolo, tratan de recaudar fondos de unas personas que creen que el dinero sólo está bien invertido cuando se destina a sufragar actividades que producen resultados prácticos evidentes, como fabricar armas nucleares más sofisticadas o ganar unos cuantos millones de dólares. Lo que hago es plantear una pregunta que todo el mundo se hace; una pregunta que los seres humanos nos venimos haciendo por lo menos desde que existen testimonios escritos.

Porque la posición que ocupamos respecto al pasado y las relaciones que existen entre el pasado, el presente y el futuro no son sólo asuntos de vital interés para todos nosotros: no podemos prescindir de ellas. No podemos dejar de situarnos dentro del continuo de nuestras vidas, de la familia y del grupo al que pertenecemos. No podemos evitar comparar el pasado y el presente: esa es la función de los álbumes de fotos y de las películas caseras. No podemos evitar aprender de todo ello, porque ese es precisamente el significado de la palabra «experiencia». Es posible que aprendamos cosas equivocadas —y para decirlo sin rodeos, eso es lo que solemos hacer—, pero si no aprendemos, o si no hemos tenido oportunidad de aprender o nos hemos negado a aprender de cualquier pasado que fuera válido para nuestros propósitos, es que, en último extremo, padecemos alguna anomalía psíquica. Dice un antiguo proverbio inglés que «el niño que se quema los dedos no

vuelve a acercarlos al fuego»; en otras palabras: confiamos que la experiencia le ayude a aprender. Los historiadores son el banco de memoria de la experiencia. En teoría, el pasado —todo el pasado, desde el hecho más insignificante hasta la totalidad de lo ocurrido hasta la fecha— constituye la materia prima de la historia. Una gran parte del mismo no es competencia de los historiadores, pero otra buena parte sí lo es. Y mientras sean ellos los encargados de recopilar y dar forma a la memoria colectiva del pasado, todos aquellos que integran la sociedad contemporánea tendrán que depositar en ellos su confianza.

El problema no radica en si lo hacen o no, sino en lo que realmente esperan obtener del pasado, y, en tal caso, en si es eso lo que los historiadores deben o no proporcionarles. Pensemos en un ejemplo concreto, en una manera de utilizar el pasado que sea difícil de definir pero que todo el mundo considere importante. Una institución —pongamos por caso la universidad— celebra su setenta y cinco aniversario. ¿Por qué exactamente? ¿Qué ganamos con celebrar un momento cronológico arbitrario de la historia de una institución, aparte, claro está, del sentimiento de orgullo que tal hecho nos produce, una excusa para pasar un buen rato o alguna que otra ventaja adicional? Aun sin saber bien por qué, necesitamos y utilizamos la historia.

Pero ¿qué es lo que puede decirnos la historia sobre la sociedad contemporánea? Durante la mayor parte del pasado de la humanidad —de hecho, incluso en Europa occidental la idea prevaleció hasta el siglo XVIII— se dio por sentado que podía indicar cómo debía funcionar la sociedad, cualquiera que ésta fuese. El pasado era el modelo de referencia del presente y del futuro. En la vida cotidiana representaba la clave que permitía descifrar el código genético mediante el cual cada generación reproducía a sus sucesores y ordenaba sus relaciones. De ahí la importancia que tenían los ancianos, que no sólo simbolizaban la sabiduría en términos de una prolongada experiencia, sino que también lo eran en el sentido de que en ellos se conservaba la memoria de cómo eran y se hacían las cosas en épocas anteriores y, en consecuencia, de cómo debían de hacerse en el futuro. El hecho de que a la cámara alta del Congreso de los Estados Unidos y de los parlamentos de otros países se la denomine «senado» da buena prueba de ello. En algunos casos todavía sigue siendo así, como demuestra la vigencia del concepto de precedente en los sistemas legales basados en el derecho consuetudinario (es decir, fundamentado en la costumbre, o sea, en la tradición). Pero, si en nuestros días, el «precedente» es ante todo algo que es necesario reinterpretar o burlar para poder así adaptarse a unas circunstancias que evidentemente no se corresponden con las de tiempos pasados, es porque hubo una época en que fue —y de vez en cuando aún sigue siendo— vinculante, en el sentido literal del término. Sé de una comunidad india que habita en los Andes centrales de Perú que lleva litigando con las haciendas (cooperativas, desde 1969) de las proximidades por la propiedad de unas tierras desde finales del siglo XVI. Generación tras generación, los hombres adultos del grupo, que no sabían leer ni escribir, llevaban a los niños, también analfabetos, a las altas

praderas de la puna por cuya posesión luchaban y les mostraban las lindes de las tierras comunales que habían perdido. En este caso, la historia se convierte literalmente en la ley por la que se rige el presente.

Este ejemplo nos conduce a otra de las funciones de la historia ya que, cuando el presente era poco gratificante en uno u otro sentido, el pasado proporcionaba el modelo para reconstruirlo de un modo satisfactorio. Entonces, para referirse a épocas pasadas, se solía hablar —aún se hace— de «los viejos tiempos» y de que la sociedad debía volver a ellos. Se trata de un enfoque que continúa vigente en la actualidad: en todo el mundo surgen personas y movimientos políticos que definen la utopía como nostalgia: cómo la recuperación de la vieja moralidad cuya excelencia se alaba, de la religión entendida como en otros tiempos, de los valores de aquella Norteamérica pueblerina de comienzos de siglo, de la conveniencia de observar al pie de la letra dos documentos antiguos como son la Biblia o el Corán, y así sucesivamente. Pero, naturalmente, hoy día existen algunas situaciones en que es, o incluso parece, literalmente posible regresar al pasado. La vuelta al pasado es, o bien el retorno a algo tan remoto que su reconstrucción se hace insoslayable, un «resucitar» o «renacer» de la Antigüedad clásica tras muchos siglos de haber permanecido en el olvido —según la concepción que entonces tenían del hecho los intelectuales de los siglos XV y XVI— o, más probablemente, el regreso a algo que nunca existió pero que ha sido inventado con un propósito concreto. No hay la menor posibilidad de que el sionismo, y en realidad cualquier nacionalismo moderno, se plantee jamás como una vuelta al pasado, por la sencilla razón de que los estados-nación, tal como entonces se los concebía, con unas fronteras y una organización interna muy concretas, no existían antes del siglo XIX. Tenía que ser una innovación revolucionaria disfrazada de restauración. De hecho, tenía que inventar la historia que, según afirmaba, iba a llevar a su punto culminante. Como Ernest Renan decía hace un siglo: «para ser una nación, uno de los elementos esenciales es interpretar la historia de un modo equivocado». Una de las tareas de las que deben ocuparse los historiadores profesionales es precisamente la de desmantelar dichas mitologías, a menos que se contenten —como creo que les ocurre a menudo a los historiadores nacionalistas— con ser esclavos de los ideólogos. Esta es una contribución importante, si bien negativa, de la historia a nuestra visión de la sociedad contemporánea. Los políticos no suelen mostrarse demasiado agradecidos con los historiadores por hacerla.

Ahora bien, en general, ha dejado de tener importancia la idea de que todo ese cúmulo de experiencia coagulada es una especie de lección que debemos extraer de la historia. Salta a la vista que el presente no es, ni puede ser nunca, un simple calco del pasado; como tampoco es posible reducir los diferentes aspectos de su funcionamiento a una mera imitación de los modelos de otras épocas. Desde que comenzó el proceso de industrialización, destaca mucho más el carácter novedoso de las aportaciones realizadas por cada una de las diferentes generaciones que el parecido que aquéllas hayan podido tener con todo lo sucedido anteriormente. Sin embargo, en lo que respecta a una gran parte del mundo y de las vivencias humanas, el pasado sigue conservando la misma autoridad de siempre y, por tanto, la historia o la experiencia, en el sentido auténtico que hoy está anticuado, continúa funcionando en dichos ámbitos del mismo modo que lo hacía en tiempos de nuestros antepasados. Y, antes de entrar en temas más complejos, esto es algo que creo que debo recordarles.

Permítanme que les ponga un ejemplo concreto y de una total actualidad: el Líbano. En 150 años, no sólo no han cambiado básicamente las circunstancias, y los protagonistas siguen siendo un grupo de minorías religiosas armadas que actúan en el interior y los alrededores de cierto territorio montañoso e inhóspito, sino que incluso se han mantenido invariables los detalles más nimios de sus enfoques políticos. Un tal Jumblatt era el jefe de los drusos cuando éstos exterminaron a los maronitas en 1860, y, si uno se molesta en poner nombres a las fotografías que desde entonces se han venido haciendo a los máximos dirigentes libaneses, descubrirá que se trata de los mismos apellidos con diferentes cargos y atuendos. Hace unos años se tradujo al hebreo un libro sobre el Líbano cuyo autor era un ruso que había vivido a medidados del siglo pasado y un militar israelí comentó al respecto: «Si hubiéramos podido leer antes esa obra, no habríamos cometido tantos errores en el Líbano». Lo que quería decir era: «tendríamos que haber sabido antes cómo era el Líbano». Un poco de historia elemental les habría ayudado a descubrirlo. No obstante, debo añadir que la historia no era el único medio de lograrlo, aunque sí uno de los más fáciles. Los profesores de universidad tendemos a culpar a la ignorancia de casi todo. Me imagino que habría mucha gente en Jerusalén, en Washington y en los alrededores de ambas que estaba en condiciones de proporcionar —como estoy seguro de que así lo hicieron— información bien documentada acerca del Líbano. Lo que dijeron no encajaba con lo que Begin, Sharon, el presidente Reagan y el secretario de Estado Shultz (o quienquiera que tomara las decisiones) deseaban oír. Para aprender de la historia o de cualquier otra cosa, son necesarias dos personas: una, para suministrar la información y la otra, para escucharla.

El caso del Líbano se sale de lo normal, ya que, después de todo, existen muy pocos países en los que los libros que se escribieron hace un siglo sirvan todavía como guías de su vida política actual, o incluso de sus líderes políticos. Por otro lado, no es necesario recurrir siempre a la teoría, ya que la experiencia de la historia nos explica por sí sola muchas cosas sobre la sociedad contemporánea. Ello se debe en parte a que los seres humanos no experimentamos demasiados cambios y las situaciones en que nos vemos envueltas las personas se repiten de vez en cuando. Tomando como punto de partida los documentos acumulados a lo largo de numerosas generaciones, los historiadores, como los ancianos, también pueden comentan aquello de «esto ya lo he visto yo antes». Se trata de un hecho de considerable importancia.

El motivo es que la ciencia social moderna, la formulación de las estra-

tegias políticas y la planificación han seguido un modelo caracterizado por el cientificismo y la manipulación tecnológica que, de una forma sistemática y deliberada, ha dejado de lado la experiencia humana y, sobre todo, la experiencia histórica. El modelo de análisis y predicción que ahora está de moda consiste en introducir todos los datos disponibles en algún tipo de superordenador teórico o real y esperar a que nos proporcione las respuestas. La experiencia y el entendimiento humanos no bastan por sí solos —al menos por ahora no, o sólo para cumplir una función ultraespecializada— para conseguirlo. Y, a menudo, unos cálculos tan ahistóricos o incluso antihistóricos como estos no son conscientes de su propia falta de perspectiva y de su inferioridad incluso con respecto al enfoque carente de método de aquellos que sí la tienen. Permítanme ponerles dos ejemplos que poseen cierta importancia práctica.

El primero es económico. Desde la década de los veinte —en realidad aproximadamente desde principios del presente siglo— algunos observadores se han admirado de que el mundo de la economía estuviera marcado por una pauta secular en la que los períodos de expansión y prosperidad, de unos veinte a treinta años de duración, alternaran con períodos de dificultades económicas de aproximadamente la misma extensión temporal. Estas pautas reciben el nombre de «ondas largas de Kondratiev». Nadie ha conseguido explicarlos ni analizarlos de forma satisfactoria e incluso su misma existencia ha sido puesta en entredicho por los estadísticos y otros especialistas. Y, sin embargo, es uno de los escasos ejemplos en que la historia muestra cierta tendencia a repetir un determinado comportamiento a intervalos regulares y permite que se realicen predicciones. Así se predijo la crisis del decenio de los setenta, que yo mismo me arriesgué a anunciar en 1968. Y cuando la crisis se produjo, los historiadores volvimos a echar mano de la experiencia de Kondratiev para rechazar los análisis efectuados por economistas y políticos, quienes habían predicho que a partir de 1973 la economía experimentaría un crecimiento anual. Y acertamos. Es más, y partiendo siempre de la misma base, la primera vez que di esta conferencia allá por 1984, estaba dispuesto a jugarme el cuello y predecir que hasta finales de la década de los ochenta o principios de los noventa era sumamente improbable que entráramos en un nuevo período de auge económico a escala mundial. No tenía ninguna justificación teórica para afirmar tal cosa: únicamente la observación histórica de que se trataba de un tipo de pauta que parece haberse repetido, con las lógicas alteraciones introducidas por los grandes conflictos bélicos, por lo menos desde el decenio de 1780 a 1790. A ello querría añadir una cosa más: cada una de las ondas de Kondratiev del pasado no sólo constituía un período en sí mismo desde un punto de vista estrictamente económico, sino que también —como es natural— poseía una serie de características políticas que lo diferenciaban con claridad del anterior y del posterior tanto en lo que se refiere a la política internacional como a las políticas internas de diversos países y regiones del mundo, algo que probablemente seguirá ocurriendo en el futuro.

El segundo ejemplo que quería poner es mucho más concreto. Durante la guerra fría hubo un momento en el que el instrumental de precisión del gobierno de los Estados Unidos detectó el lanzamiento de misiles nucleares rusos con destino a América del Norte. Lo más seguro es que algún general se mostrara partidario de entrar inmediatamente en acción mientras se esperaba que otros instrumentos de precisión efectuaran una revisión automática de aquellos datos a una velocidad relámpago para comprobar si se trataba de un fallo de las máquinas o si se había producido una interpretación equivocada de unas señales que no entrañaban peligro alguno: en resumidas cuentas, si la tercera guerra mundial había empezado o no. Llegaron a la conclusión de que todo estaba en orden ya que, forzosamente, la totalidad del proceso se ejecutó con la única ayuda de los instrumentos. La misma programación tenía que partir del supuesto de que lo peor podía suceder en cualquier momento, ya que si tal cosa ocurría, no habría tiempo material para tomar las oportunas contramedidas. Pero, independientemente de lo que dijeran los instrumentos, es tan seguro como podría serlo cualquier cosa que, en junio de 1980, cuando se produjo este incidente, nadie había pulsado el botón nuclear de un modo deliberado. Simplemente, dadas las circunstancias, tal cosa no parecía probable. Yo, y espero que todos nosotros, habría efectuado la misma deducción lógica, no sobre la base de un razonamiento teórico —ya que el lanzamiento por sorpresa de misiles nucleares era posible desde el punto de vista de la teoría—, sino sólo porque, a diferencia de otros instrumentos, el ordenador que todos tenemos en la cabeza lleva incorporados, o podría llevarlos, los datos aportados por la experiencia histórica.

Dejemos ya lo que denominaríamos el uso anticuado y experiencial de la historia, el que Tucídides y Maquiavelo habrían considerado legítimo y habrían practicado. Ahora, si me permiten, quisiera decirles unas palabras sobre la cuestión, mucho más complicada, de lo que la historia puede decirnos acerca de las sociedades contemporáneas, cuando son totalmente *distintas* a las del pasado y carecen de precedentes. No estoy pensando en simples diferencias. La historia, incluso cuando consigue generalizar de un modo eficaz —y, en mi opinión, no vale gran cosa si no lo hace—, es siempre consciente de la disimilitud. Lo primero que aprende un historiador profesional es a tener cuidado con los anacronismos y con las diferencias que existen entre cosas que a primera vista parecen iguales, como la monarquía británica de 1797 y la de 1997. En cualquier caso, los escritos históricos tradicionalmente son el producto de la investigación de vidas y hechos únicos e irrepetibles. No, a lo que me refiero es a las transformaciones históricas que, con toda claridad, hacen del pasado una guía totalmente inadecuada para entender el presente. Aunque la historia de Japón en tiempos del shogunato Tokugawa guarda relación con el Japón actual, lo mismo que la dinastía T'ang respecto a la China de 1997, de nada sirve fingir que es posible concebirlos como meras prolongaciones de unos pasados en los que sólo se han operado una serie de pequeños cambios. Las transformaciones rápidas, profundas, drásticas y continuas a las que hacía referencia antes vienen produciéndose

en el mundo desde finales del siglo XVIII y sobre todo desde mediados del siglo XX.

En nuestros días, el proceso de cambio es tan generalizado y evidente que se da por sentado que siempre ha ocurrido lo mismo, especialmente en sociedades que, como la estadounidense, cuenta con una historia que coincide con una época de constantes transformaciones revolucionarias. Esto es particularmente cierto en el caso de los jóvenes de dichas sociedades para quienes —en diversos momentos de su desarrollo— todo se convierte, de hecho, en un nuevo descubrimiento. En este sentido puede decirse que, a lo largo del proceso de crecimiento, todos somos una especie de Colones. Una de las tareas secundarias de los historiadores es señalar que el cambio no es ni puede ser totalmente universal. Ningún historiador daría el menor crédito a la afirmación de que en la actualidad existe alguien que se las ha arreglado para descubrir un modo totalmente nuevo de disfrutar del sexo, un supuesto «punto G» que la humanidad desconocía hasta el momento. Teniendo en cuenta el limitado número de cosas que pueden poner en práctica los amantes del tipo que sea, el período de tiempo y el número de personas que las han estado practicando en todo el mundo y el profundo interés que muestran los seres humanos por profundizar en el tema, creemos que podemos suponer sin temor a equivocarnos que hablar de novedades en el asunto que nos ocupa está fuera de lugar. Como es lógico, las prácticas sexuales y las actitudes relacionadas con ellas cambian con el tiempo, lo mismo que la indumentaria y la escenografía del dormitorio, convertido a menudo en una especie de teatro privado de gran simbolismo social y biográfico. Por razones obvias, el sadomasoquismo con cazadora de cuero no podía formar parte de él durante la época victoriana. Lo más probable es que en el terreno sexual las modas cambien más deprisa actualmente de lo que lo hacían en el pasado. Pero la historia resulta de gran utilidad como señal de aviso, ya que nos advierte que no hay que confundir la moda con el progreso.

Sin embargo, ¿qué puede decirnos la historia sobre lo que carece de precedentes? En el fondo, esta es una pregunta acerca de la dirección y la mecánica de la evolución humana. Porque, nos guste o no —y hay un gran número de historiadores a quienes no les gusta—, se trata de una cuestión histórica fundamental que no es posible soslayar, aunque sólo sea porque todos queremos conocer la respuesta. A saber: ¿cómo se las ha arreglado la humanidad para pasar de las cavernas a la exploración del espacio, del tiempo en que nos aterrorizaban los tigres de dientes de sable a un momento en que nuestro mayor temor son las explosiones nucleares?, es decir, ¿como hemos pasado de asustarnos de los peligros naturales a sentir miedo de los que nosotros mismos hemos creado? Lo que la convierte en una pregunta esencialmente histórica es el hecho de que, a pesar del aumento de peso y estatura que hemos venido experimentando desde una época relativamente cercana, desde un punto de vista biológico, los seres humanos somos idénticos a como éramos a comienzos de la etapa histórica, que, en realidad, no es demasiado extensa: desde la construcción de la primera ciudad han transcurrido tal vez unos 12.000 años y algo más desde la invención de la agricultura. Casi con toda seguridad no somos más inteligentes que los habitantes de la antigua China o Mesopotamia. Y, a pesar de ello, el modo en que las sociedades humanas viven y actúan ha sufrido una transformación radical. Lo que por otra parte explica que los supuestos de la sociobiología no puedan aplicarse en este caso. Y, con ciertas dudas, también diría lo mismo de una determinada clase de antropología social, interesada en estudiar lo que distintos tipos de sociedades humanas tienen en común, como los esquimales y los japoneses. Porque, si centramos nuestra atención en lo que es permanente, no podemos explicar lo que ha experimentado una evidente transformación, a menos que creamos que no es posible el cambio histórico, sino sólo la mezcla y la variación.

Permítanme expresarme con total claridad. Si se analiza la evolución histórica de la humanidad no es para predecir el futuro, aunque el conocimiento y la comprensión histórica le resulten esenciales a cualquiera que desee basar sus acciones y planes en algo mejor que la clarividencia, la astrología o el simple voluntarismo. En el caso de una carrera de caballos, el único resultado que podría decirnos un historiador con absoluta confianza sería el de una que ya se hubiese corrido. Aún menos se encuentra entre los propósitos de dicho análisis el de descubrir o idear posibles formas de justificar las esperanzas —o miedos— que alberguemos con respecto al destino humano. La historia no es una escatología secular, al margen de que consideremos o no que su fin es un progreso universal interminable o una sociedad comunista o lo que fuere. Vemos en ella cosas que no nos puede proporcionar. Lo que sí puede hacer es mostrarnos las pautas y mecanismos del cambio histórico en general, y más concretamente los relativos a las transformaciones sufridas por las sociedades humanas durantes los últimos siglos en los que los cambios se han generalizado y han aumentado de una manera espectacular. Esto, más que cualquier posible predicción o esperanza, es lo que tiene una relación más directa con la sociedad contemporánea y con su porvenir.

Ahora bien, un proyecto así requiere un marco conceptual que permita el análisis de la historia. Dicho marco debe basarse en el único elemento de cambio direccional en el ámbito de la experiencia humana que resulta observable y objetivo, con independencia de los deseos y juicios de valor subjetivos o propios de la época que podamos tener, a saber: la constante y creciente capacidad de la especie humana para controlar las fuerzas de la naturaleza por medio del esfuerzo físico y mental, la tecnología y la organización de la producción. El aumento de la población mundial a lo largo de la historia, sin que hayan tenido lugar retrocesos importantes, y el crecimiento —sobre todo durante los últimos siglos— de la producción y la capacidad productiva han demostrado su existencia. A mí personalmente no me importa llamar progreso a esto, tanto en el sentido literal de un proceso de carácter direccional como porque habrá muy pocos que no la vean como una mejora real o posible. Pero da igual como la llamemos, cualquier intento serio de

convertir la historia humana en algo comprensible debe tomar esta tendencia como punto de partida.

De ahí la importancia crucial que tiene Karl Marx para los historiadores, ya que toda su concepción y su análisis parten de dicha base, algo que hasta ahora no ha hecho nadie más. Con ello no estoy afirmando que Marx esté en lo cierto o incluso que sus propuestas sean aceptables, sino que su punto de vista es imprescindible, como dijo muy bien Ernest Gellner (y nadie es menos marxista que este distinguido estudioso):

> Independientemente de que la gente crea o no de verdad en el esquema marxista, no ha aparecido ni en el Este ni en el Oeste ningún otro modelo bien articulado que le haga la competencia, y, como la gente parece tener necesidad de reflexionar tomando como punto de partida un marco conceptual del tipo que sea, incluso (o quizás sobre todo) los que no aceptan la teoría marxista de la historia suelen apoyarse en sus ideas cuando desean expresar lo que en realidad creen.[1]

En otras palabras, no es posible ningún debate histórico serio que no haga referencia a Marx, o más exactamente, que no comience donde él lo hace. Lo que implica básicamente —como muy bien reconoce Gellner— una concepción materialista de la historia.

Ahora bien, el análisis del proceso histórico plantea una serie de preguntas que están directamente relacionadas con nuestros problemas. Tomemos como ejemplo una de las más evidentes. Durante la mayor parte de la historia, los seres humanos dedicaron sus esfuerzos a la producción de alimentos de primera necesidad: digamos que entre el 80 y el 90 por 100 de la población. En la actualidad, el caso de los Estados Unidos demuestra que una población agrícola del orden del 3 por 100 de los habitantes de un país no sólo puede producir suficiente comida para alimentar al otro 97 por 100, sino también a mucha de la población mundial restante. Lo mismo sucedió durante la mayor parte de la era industrial, cuando la producción de bienes manufacturados y servicios, incluso en los casos en que no había que emplear a demasiados trabajadores, requería una enorme cantidad de mano de obra que aumentó progresivamente con el paso del tiempo. En la actualidad, sin embargo, la tendencia se está invirtiendo de una forma acelerada. Por primera vez en la historia ya no es necesario que la mayoría de los seres humanos tengan que «ganarse el pan con el sudor de su frente», como dice la Biblia. Y da la casualidad de que este avance se ha producido en un momento histórico muy reciente. Aunque hacía mucho tiempo que venía prediciéndose, el descenso del campesinado en el mundo occidental no adquirió un carácter drástico hasta las décadas de 1950 y 1960, y la disminución de la mano de obra productiva no agrícola que la sociedad necesitaba —aunque fue prevista por Marx, y únicamente por él, lo cual no deja de ser interesante— es aún más reciente, y sigue estando enmascarada, o ha sido algo más que compensada, por el aumento del empleo en el sector terciario.

Y, por supuesto, ambos continúan siendo fenómenos de ámbito regional más que mundial. Ahora bien, una transformación tan radical de la estructura laboral secular de la humanidad necesariamente ha de tener consecuencias trascendentales, ya que, desde el final de la era de la «opulencia de la edad de piedra» de la que hablaba Marshall Sahlins, la totalidad del sistema de valores de la mayoría de los hombres y las mujeres ha convertido el acceso al empleo en una necesidad ineludible, en el hecho fundamental de la existencia humana.

La historia no cuenta con una fórmula magistral para averiguar cuáles serán las consecuencias exactas de dicho cambio, ni posibles soluciones para los problemas que probablemente creará o que tal vez haya creado ya. Pero sí puede señalar *una* dimensión del problema que tiene carácter urgente, concretamente la de la necesidad de la redistribución social. Durante la mayor parte de la historia, el mecanismo básico que ha hecho posible el crecimiento económico ha sido la apropiación por parte de minorías de uno u otro tipo del excedente social generado por la capacidad productiva del ser humano con el objeto de invertirlo en nuevas mejoras, a pesar de que no siempre ha sido este el destino que se le ha acabado dando. El crecimiento ha sido posible gracias a la desigualdad. Ahora bien, hasta la fecha, este hecho se ha visto compensado por el enorme crecimiento registrado en la cantidad total de riqueza existente que, como señaló Adam Smith, ha conseguido que un peón de una economía desarrollada se encuentre en una posición más desahogada que el jefe de una tribu india y que, en general, ha permitido que cada generación disfrute de un mayor bienestar económico que las que la precedieron. Pero, aunque haya sido a un nivel muy modesto, siempre han compartido dichos beneficios a través de la participación en el proceso productivo: es decir, mediante el acceso a un puesto de trabajo, o, en el caso de los campesinos y artesanos, gracias a los ingresos recibidos a cambio de la venta de sus productos en el mercado. Puesto que, en el mundo desarrollado, el campesinado ha visto cómo disminuía de un modo drástico la autosuficiencia a la que estaba acostumbrado.

Supongamos ahora que ya no sea necesario que la mayor parte de la población se dedique a producir. ¿De qué viven estas personas? Y, una cuestión de similar importancia en una economía basada en la empresa, ¿qué ocurre con ese mercado de masas basado en la capacidad adquisitiva de la población con el que la economía ha ido estableciendo una relación de dependencia cada vez mayor, primero en los Estados Unidos y luego en otros países? De un modo u otro, estas personas se verán obligadas a vivir del dinero público, bien sea percibiendo una pensión o a través de cualquier otra modalidad de prestación social: es decir, gracias a un mecanismo administrativo de redistribución social. En los últimos treinta años, este mecanismo redistributivo ha experimentado una enorme expansión y, en algunos países, ha alcanzado unas proporciones realmente notables como consecuencia del mayor boom económico de la historia. El enorme crecimiento del sector público, en otras palabras, el del empleo público, que en gran parte es una forma de caridad, ha

tenido consecuencias parecidas tanto en el Oeste como en el Este. Por una parte, el dinero dedicado a prestaciones, asistencia médica, servicios sociales y educación representa en la actualidad —o en 1977, lo que viene a ser lo mismo— entre la mitad y los dos tercios de la totalidad del gasto público de los principales países de la OCDE, y por otra parte, en dichos países, entre el 25 y el 40 por 100 de la totalidad de los ingresos familiares procede del empleo público y los subsidios de la seguridad social.

Así pues, existe ya un mecanismo de redistribución importante y es posible afirmar sin temor a equivocarse que, donde se ha implantado, las probabilidades de que sea desmantelado son mínimas. Adiós al sueño de Reagan de volver a la economía del presidente McKinley. Sin embargo, hay dos cosas que es necesario tener en cuenta. En primer lugar, como puede verse, este mecanismo, a través de las cargas fiscales que impone, ejerce una auténtica presión sobre el que en Occidente continúa siendo el principal motor del crecimiento económico, a saber: los beneficios empresariales, sobre todo durante las épocas en que existen dificultades económicas. De ahí que actualmente se insista tanto en su desmantelamiento. Pero, en segundo lugar, dicho mecanismo no se diseñó para ser aplicado a una economía en la que la mayor parte de la población sería innecesaria en el proceso productivo, sino que, por el contrario, fue concebido para, y sostenido por, un período de pleno empleo sin precedentes. Y, en tercer lugar, como cualquier ley sobre la pobreza, está pensado para proporcionar unos ingresos mínimos, que en la actualidad superan incluso lo que en los años treinta se consideraba el límite máximo que se podía conseguir.

Así pues, incluso dando por sentado que funciona bien y está muy extendido, lo más probable es que, en las condiciones que he planteado, el mecanismo haga que aumenten y se agudicen tanto las desigualdades económicas como las de cualquier otro tipo, como ocurre con la mayoría superflua y el resto de la población. ¿Qué ocurre entonces? Ya no es posible dar por válido el supuesto tradicional de que, incluso destruyendo algunos puestos de trabajo, el crecimiento económico genera aún más en otros sitios.

En algunos aspectos, esta desigualdad interna es similar a la conocida y creciente diferencia que existe entre la minoría de países desarrollados o en vías de desarrollo y el mundo pobre y atrasado. En ambos casos, la disparidad va en aumento y, a juzgar por las apariencias, todavía se hará mayor en el futuro. En ambos casos, y por muy impresionante que resulte, es obvio que, en lo que a la disminución de las desigualdades internas e internacionales se refiere, el crecimiento económico alcanzado a través de una economía de mercado no ha resultado ser un mecanismo que haya logrado automáticamente resultados positivos, si bien es cierto que, por lo general, ha conseguido que el sector industrial se desarrollase en todo el mundo y tal vez que en su interior se produjera un proceso de redistribución de la riqueza y el poder, como, por ejemplo, el que ha tenido lugar entre los Estados Unidos y Japón.

Ahora bien, dejando a un lado la moralidad, la ética y la justicia social, esta situación crea, o agrava, una serie de problemas económicos y políticos

muy serios. Puesto que las desigualdades inherentes a estos acontecimientos históricos son disparidades tanto de poder como de bienestar social, se las puede pasar por alto a corto plazo. De hecho, esto es precisamente lo que están deseando hacer hoy día la mayoría de las clases y los países poderosos. La gente pobre y los países pobres son débiles, desorganizados y deficientes desde un punto de vista técnico: en la actualidad lo son relativamente más que en el pasado. Dentro de las fronteras de nuestros países, podemos dejar que sufran en los guetos o que pasen a engrosar las filas de los marginados insatisfechos. Podemos proteger las vidas y los hogares de los ricos colocando a su alrededor muros electrificados defendidos por fuerzas de seguridad privadas y públicas. Como dijo un ministro británico refiriéndose a Irlanda del Norte, podemos tratar de conformarnos con «un nivel de violencia aceptable». En el extranjero, podemos bombardearlos y golpearlos. Como escribió el poeta acerca de la etapa imperialista de principios del siglo XX:

> Tenemos
> por arma la Máxima y ellos no.*

La única potencia no occidental que Occidente temía era la única que tenía la posibilidad de atacarla en su propia casa: la desaparecida URSS.

En resumen, se da por sentado que, puesto que siempre ha sido así en el pasado, la economía se las arreglará para salir adelante una vez que la actual crisis haya dado paso a una nueva fase de prosperidad a nivel mundial; y que será posible contener de forma permanente a los pobres e insatisfechos nacionales y extranjeros. Tal vez la primera sea una suposición razonable: pero sólo si admitimos también que es prácticamente seguro que la economía mundial, las estructuras y políticas estatales y el modelo internacional del mundo desarrollado que surgirán de la actual onda de «Kondratiev» serán profunda y radicalmente diferentes de los de la etapa comprendida entre la década de los cincuenta y la de los setenta del presente siglo, como ocurrió tras el último período de crisis general de carácter secular que tuvo lugar entre las dos guerras mundiales. Esta es una de las cosas que la historia puede decirnos basándose en datos empíricos y teóricos. La segunda no es en absoluto una suposición razonable excepto a corto plazo. Quizás sea lógico suponer que los pobres ya no volverán a participar en movilizaciones nacionales o internacionales que tengan como objetivo la protesta, la presión, el cambio social o la revolución del modo que lo hicieron entre 1880 y la década de 1950, pero no lo es pensar que resultarán siempre ineficaces como fuerza política, o incluso militar, sobre todo cuando ya no es posible servirse de la prosperidad económica para sobornarlos. Esta es otra de las cosas que puede decirnos la historia. Lo que no puede decirnos es lo que ocurrirá en el futuro: sólo los problemas que tendremos que resolver.

* [We have got / The Maxim gun and they have not.]

Permítanme que concluya. Reconozco que, en la práctica, casi todo lo que la historia puede decirnos sobre las sociedades contemporáneas se basa en una mezcla de experiencia y perspectiva histórica. A los historiadores les corresponde conocer el pasado mejor que a otras personas y no serán buenos profesionales a menos que aprendan a identificar las semejanzas y las diferencias, con o sin ayuda de la teoría. Por ejemplo, mientras la mayoría de los políticos, durante los últimos cuarenta años, interpretaban el riesgo de que se produjera una conflagración internacional a la luz de lo ocurrido en los años treinta —una repetición de Hitler, Munich y todo lo demás—, la mayor parte de los historiadores interesados por el tema de la política internacional, aunque, como es lógico, admitían que se trataba de una situación *sui generis*, estaban tristemente impresionados por el parecido que guardaba con el período anterior a 1914. En 1965, uno de ellos elaboró un estudio sobre la carrera de armamentos anterior a 1914 que tituló «La fuerza disuasoria del pasado». Por desgracia, si hay algo que la experiencia histórica les ha enseñado a los historiadores es que, al parecer, nadie aprende nunca nada de ella. Sin embargo, debemos seguir intentándolo.

Pero, hablando en términos más generales, y este es uno de los motivos de que rara vez se aprendan o se tomen en consideración las lecciones de la historia, el mundo se enfrenta a dos fuerzas que le impiden ver con claridad. Una de ellas ya la he mencionado antes. Se trata del enfoque ahistórico y tecnicista que propugna la resolución de los problemas mediante la utilización de modelos y dispositivos mecánicos. Este planteamiento ha dado magníficos resultados en algunos campos, pero carece de perspectiva y no tiene en cuenta nada que no haya sido introducido en el modelo o dispositivo desde un principio. Y si hay algo que los historiadores sabemos muy bien es que no se pueden introducir todas las variables en un modelo y que las cosas que se han dejado fuera no son nunca idénticas. (Esto es algo que todos deberíamos haber aprendido de la historia de la URSS y de su caída.) A la otra también he hecho referencia. Se trata de la distorsión sistemática de la historia con fines irracionales. Volviendo a un tema que ya he tocado antes, ¿por qué todos los regímenes obligan a los jóvenes a estudiar asignaturas de historia en la escuela? No lo hacen para que entiendan la sociedad en la que viven y los cambios que experimenta, sino para que la acepten, para que se sientan orgullosos de ella, para que sean o se conviertan en buenos ciudadanos de los Estados Unidos, de España, de Honduras o de Irak. Y lo mismo puede decirse de las causas y los movimientos. La historia, entendida como ideología y fuente de inspiración, tiene una gran tendencia a convertirse en un mito que hace posible la autojustificación. Como demuestra la historia de las naciones y los nacionalismos modernos, ninguna venda cubre más los ojos que ésta.

Es tarea de los historiadores tratar de arrancar dichas vendas o, por lo menos, levantarlas un poco alguna que otra vez; y, en la medida en que lo hagan, estarán en condiciones de decirle a la sociedad contemporánea algunas cosas de las que podrá beneficiarse, incluso en el caso de que se resista a aprenderlas. Por suerte, la universidad es la única institución del sistema educativo en la que a los historiadores se les ha permitido, e incluso se les ha animado, a hacer tal cosa. No siempre ha sido así, ya que, a lo largo de su andadura, la profesión de historiador ha sido ejercida mayoritariamente por una serie de personas cuyo principal interés consistía en servir y justificar a sus respectivos regímenes. Aun hoy sigue sin ser así en muchas partes del mundo. Pero, en la medida en que las universidades se han convertido en los lugares en los que es posible practicar con mayor facilidad una historia crítica —una que pueda sernos de utilidad en la sociedad contemporánea—, una universidad que celebra el aniversario de su fundación es un buen lugar para expresar estas opiniones.

4. CON LA VISTA PUESTA EN EL MAÑANA: LA HISTORIA Y EL FUTURO

Este ensayo se presentó en la London School of Economics como la primera de las conferencias en memoria de David Glass, y fue publicado aparte por la LSE y en la New Left Review, *125 (febrero de 1981), pp. 3-19. Ha sido abreviado ligeramente.*

Las conferencias que empiezan con la de hoy tienen por fin conmemorar a David Glass. Fue uno de los estudiosos más distinguidos que han enseñado en la LSE, con la cual estuvo asociado durante tanto tiempo y cuya reputación debe mucho a la presencia de David Glass en ella. Podría añadir que David Glass representaba las mejores tradiciones de la LSE en unos momentos en que no podía decirse lo mismo de todos los que estaban en ella: las tradiciones de comprensión de la sociedad con el fin de mejorarla, de un radicalismo instintivo, de una institución cuyos estudiantes, al igual que él mismo, no habían nacido en cuna de oro. Es típico que concluyera su primer libro sobre demografía —disciplina de la cual fue en vida su más eminente cultivador— haciendo un llamamiento a «proporcionar condiciones en las cuales la clase trabajadora pueda educar a sus hijos sin que por ello tenga que pasar apuros económicos y sociales». Se enorgullecía de ser el primer científico social elegido miembro de la Royal Society desde el gran doctor William Farr en 1855, porque se veía a sí mismo (al igual que Farr) como científico social *en* y *para* la sociedad, en vez de limitarse a tratar de ella.

Por tanto, es natural que las conferencias dedicadas a su memoria traten de «tendencias sociales», expresión que entiendo que significa, en el sentido amplio, investigar la dirección de la evolución de la sociedad y lo que podemos hacer al respecto. Esto entraña investigar el futuro, en la medida en que sea posible. Es una actividad arriesgada, que causa frecuentes decepciones, pero también es necesaria. Y toda predicción sobre el mundo real se apoya en gran medida en alguna clase de inferencias sobre el futuro a partir de lo que ha sucedido en el pasado, es decir, a partir de la historia. Por tanto, el historiador debería tener algo pertinente que decir sobre el tema. A la inversa,

la historia no puede escaparse del futuro, aunque sólo sea porque no hay una línea que separe a los dos. Lo que acabo de decir pertenece al pasado. Lo que estoy a punto de decir pertenece al futuro. En alguna parte entre los dos hay un punto que es teórico pero que se mueve constantemente al que, si ustedes quieren, pueden llamar «presente». Tal vez haya razones técnicas para considerar el pasado y el futuro de modo diferente, como sabe cualquier corredor de apuestas. Puede que también haya motivos técnicos para distinguir el presente del pasado. No podemos pedirle al pasado respuestas *directas* a ninguna pregunta que no se le haya hecho ya, aunque podemos usar nuestro ingenio de historiadores para ver inferir respuestas indirectas de lo que ha dejado detrás de él. A la inversa, como saben todos los encuestadores, podemos hacerle al presente cualquier pregunta a la que sea posible responder, si bien cuando llegue la respuesta y se tome nota de ella, en rigor ya pertenecerá al pasado, aunque sea el pasado reciente. No obstante, el pasado, el presente y el futuro forman un continuo.

Por otra parte, incluso cuando los historiadores y los filósofos quieren hacer una clara distinción entre el pasado y el futuro, como la hacen algunos, nadie más les seguirá. Todos los seres y sociedades humanos tienen sus raíces en el pasado —el de su familia, su comunidad, su nación u otro grupo de referencia, o incluso en el de la memoria personal— y todos definen su posición en relación con él, positiva o negativamente. Hoy día tanto como en cualquier otra época: uno casi está tentado de decir «más que nunca». Lo que es más, la mayor parte de la acción consciente de los seres humanos que se basa en el aprendizaje, la memoria y la experiencia constituye un inmenso mecanismo que sirve para afrontar constantemente el pasado, el presente y el futuro. Intentar prever el futuro interpretando el pasado es algo que las personas no pueden evitar. Tienen que hacerlo. Lo requieren los procesos corrientes de la vida humana consciente, por no mencionar la política pública. Y, por supuesto, tratan de predecirlo basándose en el supuesto justificado de que, en conjunto, el futuro está relacionado de forma sistemática con el pasado, que a su vez no es una concatenación arbitraria de circunstancias y acontecimientos. Las estructuras de las sociedades humanas, sus procesos y mecanismos de reproducción, cambio y transformación, son de un tipo que restringe el número de cosas que pueden suceder, determina algunas de las que sucederán y permite asignar más o menos probabilidades a gran parte del resto. Esto entraña cierta posibilidad de predecir (aunque hay que reconocer que limitada). Pero, como sabemos todos, esto en modo alguno es lo mismo que hacer pronósticos acertados. Con todo, merece la pena tener presente que la imposibilidad de predecir ocupa un lugar tan importante principalmente porque los argumentos relativos a la predicción tienden a concentrarse, por razones obvias, en las partes del futuro donde la incertidumbre parece máxima, y no en aquellas donde es mínima. No necesitamos que los meteorólogos nos digan que la primavera seguirá al invierno.

Mi propia opinión es que es deseable, posible e incluso necesario prever el futuro hasta cierto punto. Esto no quiere decir que el futuro está determi-

nado ni, aun en el caso de que lo estuviera, que se puede conocer. No quiere decir que no haya otras opciones o resultados, y menos todavía que los que prevén el futuro acierten. Las preguntas que me hago son más bien: ¿Cuánta predicción? ¿De qué clase? ¿Cómo puede mejorarse? ¿Y qué papel desempeñan los historiadores en esto? Aun en el supuesto de que alguien pueda responder a estas preguntas, seguirá habiendo una parte muy grande del futuro sobre la cual no podemos saber nada, por razones teóricas o prácticas, pero al menos podemos concentrar nuestros esfuerzos de modo más eficaz.

Sin embargo, antes de considerar estas cuestiones, permítanme reflexionar durante un momento no sólo sobre los motivos por los cuales la función de la prognosis es tan poco popular entre muchos historiadores, sino también por qué se han dedicado tan pocos esfuerzos intelectuales a la tarea de mejorarla, o de considerar sus problemas, incluso entre historiadores que creen firmemente que es deseable y posible, como es el caso de los marxistas. Puede que digan ustedes que la respuesta es obvia. El historial de la predicción histórica es, por decirlo con moderación, irregular. Todo el que haya hecho predicciones se habrá dado de narices con frecuencia. Lo menos peligroso consiste en evitar las profecías diciendo que nuestras actividades profesionales llegan hasta ayer y allí se detienen, o limitarnos a las ambigüedades estudiadas que solían ser la especialidad de los oráculos antiguos y todavía son la de los astrólogos de los periódicos. Pero, de hecho, un mal historial de predicciones no ha impedido que otras personas, disciplinas o pseudodisciplinas las hagan. Existe hoy una gran industria dedicada a las predicciones, una industria que no se arredra ante los fracasos y las incertidumbres. La Rand Corporation, desesperada, incluso ha creado una versión actualizada del oráculo de Delfos (no es broma: el nombre de este juego peculiar es «técnica délfica») pidiendo a grupos selectos de expertos que consulten las entrañas de sus pollos y luego saquen conclusiones del consenso o la falta de consenso que de ello resulte. Además, abundan los ejemplos de buenas predicciones entre historiadores, científicos sociales y observadores inclasificables desde el punto de vista académico. Si no desean que les cite a Marx, permítanme que les remita a Tocqueville y Burckhardt. A menos que demos por sentado —lo cual es improbable— que hay aciertos puramente fortuitos, debemos aceptar que se basan en métodos que vale la pena investigar si queremos concentrar nuestro fuego en blancos en los que podamos acertar y mejorar así nuestra relación entre dianas y fallos. Y, a la inversa, las razones de los fracasos estrepitosos merecen investigarse con el mismo objeto.

Por desgracia, una de estas series de razones es la fuerza del deseo humano. Tanto la predicción humana como la meteorológica son empresas poco seguras e inciertas, aunque no se puede prescindir de ellas. Por otro lado, los que utilizan la meteorología saben que no pueden —o, si lo prefieren, todavía no pueden— cambiar el tiempo. Procuran planear sus acciones de una forma que les permita sacar el mayor provecho de lo que no pueden cambiar. Es probable que los seres humanos utilicen las predicciones de forma muy parecida en los casos relativamente raros en que se basan en ellas para tomar

medidas reales. Mi difunto suegro, después de sacar la conclusión acertada de que Austria no podría evitar a Hitler, trasladó su negocio de Viena a Manchester en 1937, pero pocos judíos vieneses fueron tan lógicos como él. Sin embargo, los seres humanos, en conjunto, se inclinan a recurrir a las previsiones históricas en busca de conocimientos que les permitan alterar el futuro; no sólo, por así decirlo, cuándo deben proveerse de bronceador, sino cuándo deben crear sol. Dado que está claro que algunas decisiones humanas, grandes o pequeñas, influyen en el futuro, esta expectativa no debe descartarse por completo. Sin embargo, afecta al proceso de prever, generalmente de modo adverso. Así, a diferencia de la meteorología, las predicciones históricas van acompañadas de un comentario continuo por parte de quienes piensan que tales previsiones son imposibles o no aconsejables por diversas razones, generalmente porque no nos gusta lo que nos dicen. Los historiadores también padecen la desventaja de carecer de una clientela fiel que, sea cual sea su ideología, necesite previsiones meteorológicas con regularidad y urgencia: los marineros, los agricultores y demás.

Nos rodean personas, especialmente en la política, que proclaman la necesidad de aprender las lecciones del pasado cuando no proclaman que ya las han descubierto, pero dado que virtualmente a todas ellas les interesa usar la historia principalmente para justificar lo que de todos modos hubieran querido hacer, por desgracia esto ofrece pocos incentivos para mejorar la capacidad de predicción de los historiadores.

Sin embargo, no podemos culpar sólo a los clientes. También a los profetas les corresponde su parte de culpa. El propio Marx estaba comprometido con un objetivo concreto de la historia humana, el comunismo, y con un papel concreto para el proletariado *antes* de llevar a cabo el análisis histórico que, según creía él, demostraba su carácter ineluctable... de hecho, antes de saber mucho sobre el proletariado. En la medida en que sus predicciones precedieron a su análisis histórico, no puede decirse que se apoyaran en dicho análisis, aunque esto no significa necesariamente que fueran erróneas. Como mínimo debemos procurar distinguir las predicciones basadas en el análisis de las que se basan en el deseo. Así, en el famoso pasaje que habla de la tendencia histórica de la acumulación capitalista, la predicción que hace Marx de la expropiación del capitalista individual por medio de «las leyes inmanentes de la producción capitalista misma» (esto es, por medio de la concentración de capital y la necesidad de una forma cada vez más social del proceso laboral, el uso consciente de tecnología y la explotación planificada de los recursos del globo) se apoya en un análisis histórico-teórico diferente y más significativo que la predicción de que el proletariado mismo como clase será el «expropiador de los expropiadores». Las dos predicciones, aunque vinculadas, no son idénticas y, en realidad, podemos aceptar la primera sin aceptar la segunda.

Todos los que hemos hecho predicciones —¿y quién no las ha hecho?— conocemos estas tentaciones psicológicas o, si lo prefieren, ideológicas. Y tampoco las hemos evitado. Si los que hacen predicciones históricas adoptaran

ante las depresiones y anticiclones sociales que predicen una actitud tan imparcial como la de los meteorólogos, el arte de hacer pronósticos históricos estaría más avanzado de lo que está. Creo que esto, junto con la pura ignorancia, es el principal obstáculo que encuentra en su camino quien hace predicciones. Es un obstáculo mucho mayor que el hecho de que las predicciones puedan verse refutadas por las medidas que tomen deliberadamente las personas que son conscientes de ellas. Hay pocas pruebas empíricas de que hasta ahora tales medidas se hayan tomado a menudo o de manera eficaz. La generalización empírica menos arriesgada que puede hacerse sobre la historia es todavía que nadie hace mucho caso ni siquiera de sus lecciones obvias, como puede confirmar cualquier estudioso de la política agraria de los regímenes socialistas o la política económica de la señora Thatcher. Por desgracia, Edipo sigue siendo una parábola de la humanidad enfrentada al futuro, pero, lamentablemente, con una diferencia importante: Edipo quería sinceramente evitar matar a su padre y casarse con su madre (como el oráculo predijo acertadamente), pero no pudo. La mayoría de los profetas y sus clientes tienden a argüir que las predicciones desagradables pueden evitarse de alguna forma porque son desagradables, que no quieren decir lo que dicen, o que saldrá algo que las invalide.

Como he sugerido, ya existe una gran industria dedicada a hacer predicciones. La mayor parte de ella se ocupa del efecto que los acontecimientos futuros tendrán en actividades bastante concretas, principalmente en los campos de la economía y la tecnología civil y militar. Por consiguiente, formula una serie bastante específica y restringida de preguntas que hasta cierto punto pueden aislarse, aun cuando, desde luego, pueden afectarlas muchísimos factores variables. También se hacen muchísimas predicciones que, prescindiendo de si influyen o no en la esfera pública o privada, no tienen por objeto decirnos cómo será el futuro en realidad, sino confirmar o refutar. Por consiguiente, suelen hacerse empleando frases condicionales. En principio no importa si la verificación tiene lugar en el futuro real o en un futuro construido especialmente como, por ejemplo, en un laboratorio del cual se hayan eliminado todos los elementos extrínsecos al asunto que se tenga entre manos. Hay también proposiciones, la mayoría de tipo lógico-matemático, que determinan consecuencias. Si da la casualidad de que una situación real se corresponde con ellas, puede decirse que predicen tales consecuencias.

La predicción histórica difiere de todos los demás tipos de predicción de dos maneras. En primer lugar, los historiadores se ocupan del mundo real, en el cual las otras cosas no son nunca iguales o insignificantes. Hasta este punto saben que no existe ningún laboratorio mundial ideal en el cual pudiéramos, como en teoría es concebible, construir una situación donde los precios del mercado tendrían una relación previsible con la masa monetaria. Los historiadores se ocupan por definición de conjuntos complejos y cambiantes e incluso sus preguntas más concretas y definidas de modo más restringido tienen sentido sólo dentro de este contexto. A diferencia, pongamos por caso, de los encargados de hacer predicciones en las grandes agencias de viajes, los historiadores se interesan por las tendencias futuras del turismo no porque sean nuestra preocupación principal —aunque a veces hagamos investigaciones especializadas en este campo—, sino en relación con el resto de la sociedad y la cultura británicas, que cambian en un mundo cambiante. En esto la historia se parece a disciplinas como la ecología, aunque es más amplia y más compleja. Si bien podemos y debemos singularizar determinados hilos del tejido sin costura de las interacciones, si no nos interesara principalmente el tejido mismo, no estaríamos haciendo ecología o historia. Por tanto, las predicciones históricas tienen por objeto, en principio, proporcionar la estructura y la textura generales que, al menos potencialmente, incluyen el medio de responder a todas las preguntas de predicción específicas que tal vez deseen hacer las personas con intereses especiales; en la medida, por supuesto, en que sea posible responder a ellas.

En segundo lugar, como teóricos los historiadores no se ocupan de predecir como confirmación. En todo caso, muchas de sus predicciones no podrían ponerse a prueba en vida de esta generación o las siguientes, no en mayor medida de lo que en este sentido puede hacerse con las predicciones de las disciplinas históricas de las ciencias naturales: por ejemplo, las que hacen los expertos en climatología en relación con futuras glaciaciones. Puede que confiemos más en los expertos en climatología que en los historiadores, pero seguimos sin poder verificar sus predicciones. Decir que los análisis de las tendencias del cambio social deben «formularse como predicciones verificables» es una muestra de bondad para con nuestros hijos y nietos, pero de todo lo contrario para con los pobres Vico, Marx, Max Weber y, de paso, Darwin, porque restringe el alcance del análisis social e interpreta mal la historia, cuya esencia es estudiar transformaciones complejas a lo largo del tiempo. Podríamos decir que es por comodidad que la historia se concentra en los datos de los que ya se dispone y no en los que el futuro aún no ha puesto a nuestra disposición. La predicción puede ser deseable o no para probar, pero surge automáticamente al hacer declaraciones sobre el continuo entre el pasado, el presente y el futuro, porque esto entraña referencias al futuro; aunque puede que muchos historiadores prefieran evitar hacer sus afirmaciones extensivas al futuro. Adaptando las palabras de Auguste Comte, *savoir* no es *pour prévoir*, pero *prévoir* forma parte de *savoir*, prever forma parte de saber.

Y los historiadores prevén de modo constante, aunque sólo sea de manera retrospectiva. Da la casualidad de que su futuro es el presente o un pasado más reciente en comparación con un pasado más remoto. Los historiadores más convencionales y «anticientíficos» analizan perpetuamente las consecuencias de situaciones y acontecimientos, u otras posibilidades contrafácticas, la aparición de una era que sale de su predecesora. Algunos de los que hacen esto de modo más asiduo, como lord Dacre (Hugh Trevor-Roper) en su discurso de despedida de Oxford, lo utilizan para presentar argumentos contra la posibilidad de predecir, pero para ello emplean técnicas de predicción. Ahora bien, los métodos ideados para analizar causas, conse-

cuencias y opciones históricas con la ventaja del arma esencial pero inaccesible del futurólogo, esto es, la visión retrospectiva, son apropiados para los que hacen predicciones, toda vez que en principio son parecidos. Su valor se apoya no sólo en la enorme acumulación de experiencias históricas reales, de todos los tipos, que puedan servir como guía del presente; no sólo en el registro de predicciones pasadas que puedan cotejarse con resultados reales al objeto de determinar por qué fueron correctas o erróneas; y no sólo en la muy considerable experiencia y juicio prácticos que los historiadores han adquirido en el ejercicio de sus actividades a lo largo de las generaciones. Se apoya principalmente en dos cosas. En primer lugar, las predicciones de los historiadores, aunque sean retrospectivas, se refieren precisamente a la compleja realidad de la vida humana, realidad que lo abarca todo, así como a las otras cosas que nunca son iguales, y que, de hecho, no son «otras cosas», sino el sistema de relaciones del que nunca es posible extraer del todo afirmaciones relativas a la vida humana en sociedad. Y, en segundo lugar, toda disciplina histórica que merezca llamarse así trata de descubrir precisamente las pautas de interacción en la sociedad, los mecanismos y tendencias de cambio y transformación, y las direcciones de la transformación en la sociedad que son lo único que proporciona un marco apropiado para predecir que es más que lo que se ha llamado «proyecciones estadísticas basadas en compilaciones de datos empíricos dentro de categorías de quizá poca importancia teórica». Más todavía que el tipo de presentimiento imaginativo o *Ahnung*, como dice Burckhardt, que es el equivalente, para el historiador, de dejarse guiar por el instinto. No lo subestimo: pero no es suficiente. Y aquí, si me perdonan un breve anuncio, radica el valor singular de Marx y de aquellos que, sean marxistas o no, adoptan una actitud parecida ante la evolución histórica.

Estas predicciones por medio de la historia utilizan dos métodos, generalmente combinados: la predicción de tendencias mediante la generalización o los modelos; y la predicción de acontecimientos o resultados reales por medio de una especie de análisis de trayectoria. Predecir la decadencia continua de la economía británica es un ejemplo del primer método, predecir el futuro del gobierno de la señora Thatcher es un ejemplo del segundo. Predecir algo como la revolución rusa o la iraní (que casualmente conocemos en un caso, pero todavía no en el otro) combina los dos métodos. Se requieren ambos, aunque sólo sea porque los acontecimientos reales influyen al menos en algunas tendencias, como la división de Alemania en 1945 ha influido en el análisis de tendencias sociales en lo que ahora son dos países muy diferentes [como se hizo evidente después de que volvieran a unirse en 1990]. Ahora bien, el margen actual de incertidumbre sobre acontecimientos futuros es tan grande —incluso cuando luego es posible demostrar que distaban mucho de ser inciertos, como un combate de boxeo «amañado»—, que solamente podemos reducirlo a una serie de otras hipótesis. También podemos abandonar algunos factores imprevisibles por triviales, pero generalmente esto entraña juzgar su importancia a la luz de nuestras preguntas. Con todo,

muchos de tales factores imprevisibles se aceptan como insignificantes hoy día: puede que no sepamos si un presidente norteamericano será asesinado, pero el análisis y la experiencia sugieren que es poco probable que no saberlo tenga tanta importancia. Otros se aceptan comúnmente como triviales y puede que se dejen al tipo de político para el cual una semana es mucho tiempo en política y al tipo de historiador que ansía saber qué fue exactamente lo que sir Stafford Northcote escribió a R. A. Cross el 8 de octubre de 1875. Otros sencillamente no pueden. No obstante, podemos hacer algo más que limitarnos a presentar al cliente una serie de hipótesis igualmente probables, preferiblemente divididas en una serie de opciones binarias, como en los chistes judíos en los cuales cada situación contiene dos posibilidades. Es aquí donde los ejercicios de predicción retrospectiva del historiador pueden proporcionar orientación.

Tal vez sea útil, al llegar aquí, examinar un ejercicio concreto de predicción retrospectiva bajo esta luz: la revolución rusa, episodio donde la percepción posterior realmente puede confrontarse con la previsión de aquel momento. Dado que esto entraña inevitablemente cierta consideración de lo que hubiera podido pasar, la predicción retrospectiva podría considerarse una forma de historia contrafáctica (esto es, la historia como hubiera podido suceder pero no sucedió). Y así es, pero, no obstante, debería distinguirse de la forma más común y divulgada de especulación contrafáctica en este campo, la de los «cliómetras». No es mi propósito negar el interés de semejantes análisis de coste-beneficio del pasado —porque esto es lo que vienen a ser—, ni hablar de su validez. Me limito a señalar que en la forma que se ha puesto de moda en la historia económica cuantitativa, normalmente no tienen nada que ver con la evaluación de las probabilidades históricas. Puede que una economía que utilizara esclavos fuese económicamente viable, eficiente y una buena proposición comercial —no voy a entrar en ese debate—, pero la cuestión de si era probable que durase no se ve afectada por estas proposiciones, sólo los argumentos sobre su capacidad de durar. De hecho, desapareció en todas partes en el siglo XIX, y su decadencia y caída se predijeron con confianza y acierto. La predicción, retrospectiva o no, consiste en evaluar probabilidades, o no es nada.

Eran muchos los que preveían que iba a haber una revolución en Rusia, con independencia de las circunstancias concretas e imprevisibles de su estallido real en 1905 y 1917. ¿Por qué? Está claro que porque un análisis estructural de la sociedad rusa y sus instituciones inducía a creer que era improbable que el zarismo superase sus debilidades y contradicciones internas. En el caso de que fuese correcto, tal análisis anularía en principio las pequeñas esperanzas no cumplidas... como así sucedió realmente. Aunque reconozcamos que en teoría una buena política y unos gobernantes capaces tal vez hubiesen resuelto el problema, sólo hubieran podido hacerlo, por así decirlo, empujando la piedra de Sísifo cuesta arriba hasta la cúspide con el fin de hacerla rodar hacia abajo en la dirección correcta. De hecho, el zarismo tuvo medidas políticas eficaces y buenos estadistas de vez en cuando, así como un

asombroso historial de crecimiento económico, lo cual ha hecho que algunos liberales creyeran erróneamente que quizá todo hubiera salido bien de no haber sido por accidentes como la guerra y Lenin. No era suficiente. Las probabilidades eran contrarias al zarismo, aunque Lenin, como político, actuara sabiamente al dejar abierta la posibilidad de que, por ejemplo, la política agraria de Stolipin diera buenos resultados.

¿Por qué varias personas, en contra de la mayoría de las aspiraciones y expectativas occidentales (incluidas las de los marxistas rusos, entre ellos Lenin), llegaron a dudar de que una revolución rusa diera como resultado un gobierno burgués-democrático de tipo occidental? Porque pronto resultó evidente que los liberales o cualquier otro grupo de clase media eran demasiado débiles para alcanzar esta solución. De hecho, la debilidad de la clase media rusa quedó al descubierto entre 1905 y 1917 en unos momentos en que la burguesía rusa estaba adquiriendo mucha más fuerza y más confianza en sí misma que antes de 1900. Demasiado confiada en 1917, según ha argüido por lo menos un buen historiador que cree que la radicalización de los trabajadores urbanos en 1917 se vio precipitada por un intento de reimponer el control en las fábricas, lo que ya no era posible. Hoy esta predicción sería más fácil, siquiera porque desde 1914 hemos aprendido hasta qué punto son históricamente específicas las condiciones para los regímenes liberales-democráticos estables, hasta qué punto es condicional el compromiso de la burguesía y los estratos intermedios con tales regímenes y qué precarios pueden ser. A la luz de estas lecciones de la historia —que en modo alguno son imprevisibles si nos acordamos de Burckhardt y otros vaticinadores conservadores— hubiéramos podido considerar la posibilidad de una opción no democrática pero capitalista en vez del bolchevismo: tal vez un régimen militar-burocrático. Pero, en vista del derrumbamiento de las fuerzas armadas en 1917, es obvio que esto no era nada probable.

En cambio, el resultado real de octubre de 1917 sin duda parecía estar entre las opciones menos probables en 1905 y difícilmente más probable en febrero de 1917: una Rusia comprometida con la instauración del socialismo bajo el liderazgo bolchevique. Hasta los marxistas opinaban de modo unánime que las condiciones para la revolución proletaria en Rusia *sola* sencillamente no existían. Kautsky y los mencheviques argüían, con bastante lógica, que el intento estaba condenado al fracaso. En todo caso, los bolcheviques eran una minoría. Tan improbable era este resultado, que sigue estando de moda atribuir la revolución de octubre enteramente a la decisión de Lenin de llevar a cabo una especie de golpe de estado en el breve período en que había probabilidades de que saliese bien. Por supuesto, había razones estructurales por las cuales tal resultado no era tan completamente inverosímil como parecía. Sabemos de gobiernos marxistas que han subido al poder por medio de la revolución precisamente en el tipo de países donde los marxistas no esperaban tal resultado. (También sabemos, por cierto, que tales revoluciones pueden tener resultados muy diferentes.) En 1908 el propio Lenin ya había llamado la atención sobre esta clase de «material inflamable en la política mundial» y previó lo que más adelante se denominaría «teoría del eslabón más débil» de las perspectivas revolucionarias. Sin embargo, no había forma de predecir, a diferencia de esperar, una victoria bolchevique, y todavía menos un éxito duradero. No obstante, el análisis basado en la predicción distaba mucho de ser imposible. Era, de hecho, la base de la política de Lenin. Es de todo punto absurdo tener a Lenin por voluntarista. La acción estaba en función de lo que era posible y nadie trazaba el mapa del territorio cambiante sobre la marcha con más cuidado que él ni con un sentido más inexorable de lo que era imposible. De hecho, el régimen soviético perduró —y con ello se convirtió en algo que estaba muy lejos de las expectativas originales de Lenin— sencillamente porque, una y otra vez, reconoció lo que había que hacer, gustara o no. Aunque hubiera querido ser un voluntarista como Mao, no estaba en condiciones de serlo en 1917, toda vez que no podía hacer que sucediera nada tomando decisiones: no controlaba automáticamente ni siquiera su partido, que a su vez no controlaba muchas cosas. Sólo después de convertirse en gobiernos pueden los revolucionarios ordenar a la gente que haga cosas, dentro de unos límites que ni tan sólo los gobiernos fuertes reconocen siempre.

No es necesario que sigamos el análisis de Lenin, ya que a él le interesaba un solo resultado, pero podemos hacer un análisis paralelo. Dicho de modo sucinto, el interrogante básico en 1917 no era quién tomaría el poder en Rusia, sino si alguien instauraría un régimen eficaz. Las razones por las cuales el gobierno provisional no podía durar, a menos que se firmara la paz inmediatamente —lo cual, en todo caso, planteaba problemas—, son claras. Los bolcheviques ganaron: *a*) porque, a diferencia de casi todos los demás grupos de la izquierda, estaban dispuestos a tomar el poder; *b*) porque siempre se mostraron más dispuestos a reconocer y tener en cuenta lo que estaba pasando en las bases; *c*) porque —en gran parte por esta razón— se hicieron con el control de la situación en Petrogrado y en Moscú; y, sólo finalmente, *d*) porque en el momento crucial estuvieron preparados para tomar el poder. La única opción que existía en octubre, aparte del bolchevismo, era la anarquía *de facto*. Basándose en esta situación podrían formularse varias hipótesis posibles, la más verosímil de las cuales sería una versión más extrema de lo que sucedió realmente, a saber: la secesión de las regiones marginales del imperio, la guerra civil y la instauración de varios regímenes contrarrevolucionarios regionales y no coordinados encabezados por caudillos, uno de los cuales tal vez hubiera acabado haciéndose con el control de la capital e intentado llevar a cabo la larga tarea de erigirse en gobierno central. En resumen, la alternativa era entre tener un gobierno bolchevique o no tener ningún gobierno.

Es en este punto donde lo único que se puede hacer con la niebla que oculta el paisaje del futuro es disiparla un poco. Como vio claramente el propio Lenin, la perduración del régimen era mucho más incierta que su instauración. Ya no dependía de una especie de «surfing» político —encontrar la ola grande y dejarse llevar por ella—, sino de una coyuntura de factores

variables nacionales e internacionales que no podían preverse. Además, en la medida en que los acontecimientos futuros dependían ahora de la *política* —esto es, de decisiones conscientes, posiblemente erróneas y sin duda variables—, el rumbo del futuro mismo se vio desviado por su intervención. Así pues, la decisión bolchevique de fundar una nueva Internacional, pero negar la entrada en ella a todos salvo a los que se ajustaran a los criterios del bolchevismo, tal vez parecía sensata cuando otras revoluciones europeas parecían inminentes o posibles en el período 1919-1920; pero la escisión entre los socialdemócratas y los comunistas y su hostilidad mutua han perdurado y creado problemas imprevisibles para ambos desde entonces, en circunstancias variadas y muy diferentes. Aquí la diferencia entre la previsión y la visión posterior es crucial. En todo caso, la predicción se ve interrumpida por pasajes de oscuridad que sólo pueden iluminarse de modo retrospectivo, cuando sabemos lo que «tenía que suceder» sencillamente porque en realidad no sucedió nada más. En la medida en que la perduración de la revolución bolchevique dependía de circunstancias internacionales, quizá se hubiera podido apostar por ella a partir de finales de 1918, aunque durante algunos meses después de octubre de 1917 su futuro no fue realmente previsible. En cambio, debido a su perduración y su permanencia, volvió a encontrar su plena justificación. Por desgracia, no recuerdo ninguna previsión realista que debería haber imaginado el futuro a largo plazo de la URSS como algo muy distinto de lo que ha sido en realidad. Es posible imaginar otras hipótesis que hubieran sido mucho menos crueles e intelectualmente desastrosas, pero ninguna que no hubiera defraudado las grandes esperanzas de 1917.

El propósito de mi breve ejercicio (del que vuelve a ocuparse el capítulo 19) no es demostrar que el rumbo de la historia era inevitable, sino considerar el alcance y los límites de la predicción. Semejante ejercicio nos permite identificar resultados improbables tales como que el zarismo hubiera podido salvarse, y resultados seguros tales como una revolución rusa, un régimen posrevolucionario no liberal y, en líneas generales, gran parte del subsiguiente desarrollo soviético. Nos permite desenredar la aportación personal de Lenin de gran parte de la confusión que la envuelve. Nos permite identificar disyuntivas como la elección entre bolchevismo o falta de gobierno, y otras que ofrecían una amplia serie de opciones. Explica las razones por las cuales Lenin confiaba en tomar el poder en octubre pero no estaba seguro de conservarlo. Nos permite especificar las condiciones de perduración y la posibilidad o imposibilidad de calcularlas. También nos permite distinguir entre la relativa previsibilidad analítica de procesos que nadie controla —por ejemplo, la mayor parte de la historia de Rusia en 1917— y aquellos en que el ejercicio del mando real y la planificación complican el asunto. No comparto la ingenua creencia de un sociólogo norteamericano en el sentido de que, como «el cambio social [está] cada vez más organizado e institucionalizado ... el futuro es parcialmente previsible porque se parecerá en parte a lo que ahora se quiere que sea». De hecho, las tendencias del desarrollo soviético eran y son previsibles sólo en la medida en que la política soviética

(dados sus objetivos) reconocía lo que había que hacer. Por desgracia, lo que hace que la planificación humana, por poderosa que sea, cause tanta frustración a los profetas así como a los políticos es el contraste entre su limitada capacidad y las consecuencias limitadas de «acertar» y las consecuencias potencialmente enormes de fallar. Como bien sabía Napoleón, a veces una batalla perdida puede cambiar la situación más que diez batallas ganadas. Y, finalmente, nos permite evaluar a los numerosos autores de predicciones en este campo donde se han hecho tantas. Resulta curioso que en los numerosos escritos que se ocupan de ello nunca, que yo sepa, se haya estudiado sistemáticamente con el fin de evaluar la previsibilidad histórica, aun cuando estaban y están llenos de predicciones pasadas y presentes.

Predecir tendencias sociales es en un sentido más fácil que predecir acontecimientos, toda vez que se apoya precisamente en el descubrimiento que constituye la base de todas las ciencias sociales: que es posible generalizar sobre poblaciones y períodos sin preocuparse por la cambiante maraña de decisiones, acontecimientos, accidentes y posibilidades, en la capacidad de decir algo sobre el bosque sin conocer cada uno de los árboles. En lo que se refiere a las tendencias, esto requiere cierto mínimo de tiempo. En esta medida puede decirse que es predicción a largo plazo a diferencia de a corto plazo, aunque el «largo plazo» de que se trate puede ser relativamente corto incluso cuando se juzga de acuerdo con el espacio de tiempo de las predicciones humanas a largo plazo, que se limita a un siglo y pico a lo sumo. Al menos no se me ocurre ninguna predicción que no sea milenaria —en ambos sentidos de la palabra— más allá de esto. Pero un inconveniente habitual de tales predicciones a largo plazo estriba en que es casi imposible asignarles una escala de tiempo apropiada. Puede que sepamos lo que es probable que pase, pero no cuándo. Que los Estados Unidos y la URSS se convertirían en gigantes entre las potencias del mundo se predijo con acierto antes del decenio de 1840, basándose en su extensión y sus recursos, pero sólo un imbécil hubiera señalado una fecha exacta: 1900, por ejemplo.

Algunas de estas predicciones tardan más en hacerse realidad de lo que esperaba la mayoría de los observadores. Por ejemplo, el hecho de que el campesinado no desapareciese en los países desarrollados podría usarse como argumento contra la predicción que en tal sentido se hizo a mediados del siglo XIX. En cambio, otras se hacen realidad antes de lo que se calculaba. Que la división de un sector inmenso del mundo en colonias administradas por un puñado de estados no duraría era algo que podía predecirse y se predijo. Sin embargo, es dudoso que muchos contemporáneos de Joe Chamberlain pensaran que la casi totalidad de la ascensión y posterior desaparición de esta variante del imperialismo tendría lugar en vida de un solo hombre: me refiero a Winston Churchill, que vivió de 1874 a 1965. Algunas cosas suceden a la vez más rápidamente y más lentamente de lo que cabe predecir. La velocidad con que empezó a desaparecer el campesinado después de durar tanto es asombrosa. En Colombia, donde en 1960 la población rural representaba alrededor del 67 por 100 del total, se había reducido en la mitad

o más a finales del decenio de 1970. Estas predicciones son significativas aunque no sepamos cuándo se harán realidad. Si creemos que las probabilidades de los judíos de establecerse de modo permanente por medio de la conquista de un enclave en Oriente Próximo no son mucho mayores, a largo plazo, de lo que fueron las probabilidades de los cruzados, entonces esto tiene obvias consecuencias políticas para quienes se preocupan por su supervivencia, tanto si podemos poner fechas como si no. Sin embargo, lo que deseo resaltar es sencillamente que la pregunta «¿qué sucederá?» es muy diferente, desde el punto de vista metodológico, de la pregunta «¿cuándo sucederá?».

De las predicciones cronológicas que conozco, las únicas que inspiran cierta confianza son las que se basan en alguna periodicidad regular detrás de la cual sospechamos que hay un mecanismo explicable, incluso cuando no lo comprendemos. Los economistas son los mayores buscadores de tales periodicidades, aunque la demografía también entraña algunas (aunque sólo sea mediante la sucesión y la maduración de generaciones y grupos de edad). Otras ciencias sociales también han afirmado que han descubierto periodicidades, pero pocas de ellas son muy útiles excepto en predicciones muy especializadas. Por ejemplo, si el antropólogo Kroeber está en lo cierto, las dimensiones de los vestidos de mujer «alternan con bastante regularidad entre máximas y mínimas, separadas por un promedio de unos cincuenta años en la mayoría de los casos». (No expreso ninguna opinión sobre esto, prescindiendo de la importancia que tenga para el gremio de la aguja.) Sin embargo, como ya hemos señalado (p. 42), al menos una clase de periodicidad ha mostrado una importancia mayor, si bien en gran parte enigmática, aun cuando no se me ocurre ninguna explicación de las llamadas «ondas largas de Kondratiev» que goce de gran aceptación, y aun cuando los escépticos hayan dudado de su existencia. Pero sí nos permiten hacer predicciones no sólo sobre la economía, sino también, de forma más general, sobre los campos social, político y cultural que acompañan a los ciclos alternantes. De hecho, la periodización de la historia de los siglos XIX y XX que tan útil encuentran los historiadores de Europa coincide en gran parte con las ondas de Kondratiev. Por desgracia para los que hacen predicciones, estas ayudas a la predicción son raras.

Dejando la cronología de lado, en realidad se reconoce que el historiador es esencial incluso para la forma más común y poderosa de predicción en las ciencias sociales, forma que se basa en proposiciones teóricas o modelos (esencialmente de tipo matemático) que se aplican a cualquier clase de realidad. Esto es, a la vez, de valor inapreciable e insuficiente. Es de valor inapreciable porque, si establecemos una relación entre factores variables que resulte convincente desde el punto de vista de la lógica, la discusión debe cesar. Si la humanidad gasta recursos limitados con mayor rapidez de lo que pueden reponerse o sustituirse por otros, entonces tarde o temprano se agotarán, y lo único que cabe preguntarse es cuándo, como en el caso del petróleo. Ninguna predicción más allá de las puramente empíricas es posible sin construcciones basadas en tales proposiciones. Pero son insuficientes porque en sí mismas son demasiado generales para arrojar mucha luz sobre situaciones concretas, y, en consecuencia, todo intento de usarlas directamente para hacer predicciones está condenado al fracaso. Por esta razón, David Glass señaló que la demografía, que es, supongo, con la ciencia económica y la lingüística, la más desarrollada de las ciencias sociales si se juzga según el criterio de moda, esto es, el parecido con la física, ha tenido un historial terrible en lo que se refiere a predicciones. Así pues, la proposición malthusiana básica según la cual la población no puede aumentar de modo permanente más allá de los límites que impone la disponibilidad de los medios de subsistencia es a la vez innegable y valiosa. Sin embargo, por sí misma no puede decirnos nada sobre la relación pasada, presente y futura entre el crecimiento demográfico y los medios de subsistencia. No puede predecir ni explicar de modo retrospectivo una crisis descriptible en términos malthusianos como fue la hambruna irlandesa. Si queremos explicar por qué Irlanda sufrió dicha crisis en el decenio de 1840, mientras que Lancashire no la padeció, no podemos hacerlo con el modelo malthusiano, sino que debemos emplear factores que puedan analizarse sin hacer referencia a él. A la inversa, si predecimos una hambruna en Somalia, no lo hacemos de modo tautológico diciendo que la gente pasa hambre si no hay alimentos suficientes para ella. En resumen, la teoría demográfica puede hacer predicciones condicionales que no son pronósticos, y pronósticos que no se basan en sus modelos. ¿En qué se basan?

En la medida en que él mismo pronosticaba tendencias —erróneamente—, Malthus se apoyaba en ciertos datos históricos, en el crecimiento demográfico y en la asignación de supuestas magnitudes empíricas, que han resultado arbitrarias, a futuros incrementos en la productividad de alimentos, que han resultado poco realistas. Quien haga predicciones demográficas o económicas no sólo debe traducir sus factores variables en cantidades reales, lo cual es bastante problemático, sino que también debe salir constantemente de su propio análisis teórico y de su propio campo especializado y entrar en el amplio territorio de la historia total, pasada o presente. ¿Por qué la fertilidad occidental dejó de caer después del decenio de 1930, lo cual obligó a revisar todas las proyecciones de población futura? Corresponde al historiador responder a estas preguntas y arrojar con ello luz sobre posibles cambios futuros. ¿Por qué algunos creen ahora que la tasa de crecimiento demográfico en los países del tercer mundo puede disminuir con la industrialización y la urbanización? No sólo porque hay algunas pruebas de que así ha ocurrido (esto es, datos históricos), sino debido a una supuesta analogía con la historia demográfica de los países desarrollados (esto es, una generalización histórica). Por suerte, los demógrafos son conscientes de todo esto; más que los economistas, si se compara la floreciente disciplina de la demografía histórica con la econometría retrospectiva que pasa por historia entre ellos. No hace falta que les recuerde que durante gran parte de su vida David Glass ocupó un puesto como sociólogo y no como demógrafo y, aparte de intere-

sarse mucho por otros campos, era un historiador notablemente erudito y perspicaz. Fue un gran demógrafo porque sabía que «la competencia de los demógrafos es pertinente a sólo parte del campo. La principal carga de trabajo deberá recaer sobre los historiadores y los sociólogos».

Sin embargo, tengo la obligación de decir que los historiadores, al igual que los científicos sociales, son más bien impotentes cuando se enfrentan al futuro, no sólo porque todos lo somos, sino porque no tienen una idea clara sobre qué es exactamente el conjunto o la serie que están investigando y —a pesar de la soberbia labor precursora de Marx— exactamente cómo interactúan sus diversos elementos. ¿Qué es exactamente la «sociedad» (singular o plural), que es lo que nos ocupa? Los ecólogos pueden afirmar que delimitan sus ecosistemas, pero pocos estudiosos de la sociedad humana, excepto algunos antropólogos que se ocupan de comunidades pequeñas, aisladas y «primitivas», afirman que pueden hacer lo mismo; especialmente no pueden hacerlo en el mundo moderno. Avanzamos a tientas. Lo máximo que podemos afirmar los historiadores es que, a diferencia de la mayoría de las ciencias sociales, nos es imposible eludir los problemas de nuestra ignorancia. A diferencia de ellos, no estamos tentados a esforzarnos en pos de una falsa precisión tratando de imitar a las ciencias naturales, que son más prestigiosas; y que, después de todo, nosotros y los antropólogos tenemos un conocimiento sin paralelo de las variedades de la experiencia social humana. Y quizá también que en el campo de los estudios humanos sólo nosotros debemos pensar en términos de cambio, interacción y transformación históricos. Únicamente la historia proporciona orientación y quien afronte el futuro sin ella no es sólo ciego, sino peligroso, especialmente en la era de la alta tecnología.

Permítanme que les ponga un ejemplo extremo. Tal vez recordarán ustedes que en junio de 1980 el sistema de observación norteamericano informó de que los rusos habían disparado misiles y durante varios minutos el arsenal nuclear de los Estados Unidos se preparó de forma automática para entrar en acción, hasta que se comprobó que todo se reducía a un error de un ordenador. Si el portero de este teatro entrase ahora mismo en la sala para informarnos de que acababa de estallar la guerra nuclear, ni los seres humanos pesimistas tardarían tres minutos en sacar la conclusión de que el portero tenía que estar equivocado, y por razones esencialmente históricas. Es muy improbable que estallara una guerra nuclear sin que hubiese alguna crisis preliminar, por corta que fuese, o alguna otra señal premonitoria, y nuestra experiencia de los últimos meses, semanas o incluso días sencillamente no ha dado ninguna señal en este sentido. Desde luego, si estuviéramos en medio de algo parecido a la crisis de los misiles de Cuba en 1962, tal vez nos sentiríamos menos confiados. Resumiendo, tenemos en nuestra mente un modelo racional de cómo estallan o es probable que estallen las guerras mundiales, modelo que se fundamenta en una combinación de análisis e información relativa al pasado. Basándonos en ello, evaluamos las probabilidades al tiempo que no excluimos necesariamente las posibilidades a menos que sean lo bastante remotas como para que no valga la pena tenerlas en cuenta. No creo que hoy día Canadá dedique mucho tiempo a trazar planes para evitar una guerra con los Estados Unidos, o, a pesar de las apariencias, que Gran Bretaña trace planes para hacer frente a una invasión francesa. Sin embargo, a no ser que se hagan semejantes evaluaciones, estamos tentados de suponer que *cualquier* cosa puede pasar en cualquier momento, suposición que también subyace en las películas de horror y en las expectativas de los aficionados a los ovnis. O, si deseamos limitarnos a casos donde pueden tomarse precauciones prácticas, seguimos el procedimiento igualmente irracional que consiste en formular «el peor caso» y prepararnos para él, especialmente cuando, como funcionarios, nos echarán la culpa si las cosas van mal. Es igualmente irracional porque el peor caso no es más probable que el mejor caso, y hay una diferencia considerable entre tomar precauciones contra los peores casos y tomar medidas para hacer frente a ese caso: por ejemplo, cuando en 1940 el gobierno británico quería meter a todos los refugiados alemanes y austríacos entre alambre de espino.

El equivalente psicológico del pensamiento basado en «el peor caso» es la paranoia o la histeria. A decir verdad, es en momentos de tensión y miedo como los que vivimos ahora [esto se escribió en los momentos culminantes de la segunda guerra fría] cuando la histeria y la ahistoricidad se combinan. Se espera lo peor, no sólo por parte de los que por su profesión están obligados a imaginarlo —como los militares, los servicios secretos y los escritores de *thrillers* a los que con tanta frecuencia imitan—, sino también por parte de personas muy sensatas que sufren ataques de geopolítica al pensar en el Afganistán o que hay tropas cubanas (no francesas) en algunas partes de África. Y, hablando más en serio, nuestra incapacidad de comprender el mundo se mecaniza e instalamos sistemas automatizados y preparados para el peor caso que se ponen en marcha por obra de unas señales que erróneamente leen «ataque». Salvo que intervengan historiadores prácticos, lo único que puede parar el proceso de destrucción son comprobaciones técnicas igualmente automáticas que indiquen que las señales se han interpretado mal mecánicamente. Estas falsas alarmas son, en cierto sentido, la espeluznante reducción al absurdo de afrontar el futuro de modo ahistórico. En realidad no espero que si estalla la guerra o cuando ésta estalle sea a causa de un ciego fallo técnico. Pero el hecho de que pudiera ser así, y de que exista una pequeña posibilidad de que sea así, ilustra el papel indispensable que interpreta la racionalidad histórica al evaluar el futuro y las medidas que la humanidad debe tomar para afrontarlo.

¿Cómo debería concluir? Los historiadores no son profetas en el sentido de que puedan o deban tratar de escribir los titulares de los boletines de noticias de la BBC del año próximo o del siglo que viene. Tampoco estamos ni deberíamos estar en el departamento escatológico del negocio de las profecías. Sé que algunos pensadores, entre los que hay historiadores, han visto el proceso de la historia como el avance del destino humano hacia algún fin feliz o infeliz en el futuro. Desde el punto de vista moral, esta clase de creen-

cia es preferible a la opinión, tan común en las ciencias sociales norteamericanas de los confiados años cincuenta, de que el destino humano ya ha encontrado su lugar de descanso en alguna sociedad de ahora mismo, con Omaha como su nueva Jerusalén. Desde luego, no es tan fácil de refutar; pero no sirve para nada. Es verdad que el hombre, como dijo el filósofo Ernst Bloch, es un animal que tiene esperanza. Soñamos con el futuro. Hay muchas razones para ello. Los historiadores, al igual que los demás seres humanos, están en el derecho de tener su idea de un futuro deseable para la humanidad, de luchar por ella y de animarse si descubren que la historia parece ir por donde ellos quieren, como ocurre a veces. En todo caso, no es buena señal del camino por donde va el mundo cuando los hombres pierden confianza en el futuro e hipótesis propias de *El crepúsculo de los dioses* sustituyen a las utopías. Sin embargo, la misión del historiador, que es averiguar de dónde venimos y adónde vamos, no debería verse afectada *como misión* por la posibilidad de que nos gusten los posibles resultados.

Permítanme que lo exprese por medio de una paradoja. Es tan inútil rechazar a Marx porque no nos gusta su demostración de que el capitalismo y la sociedad burguesa son fenómenos históricos temporales como aceptarlo sencillamente porque estamos a favor del socialismo, que él pensaba que sucedería a tales fenómenos. Creo que Marx distinguió algunas tendencias básicas con profunda percepción interior; pero no sabemos realmente qué traerán. Como ha ocurrido tantas veces, puede que el futuro que se ha predicho sea irreconocible cuando llegue, no porque las predicciones fueran erróneas, sino porque nos equivocamos al poner una cara y una indumentaria determinadas al forastero interesante cuya llegada nos dijeron que esperásemos. No digo que debamos ir tan lejos como Schumpeter, que era a la vez conservador y hombre que sentía gran respeto por la extraordinaria visión analítica de Marx, y afirmar que «decir que Marx ... admite la interpretación en sentido conservador es sólo decir que se le puede tomar en serio». Pero deberíamos recordar que la esperanza y la predicción, aunque inseparables, no son lo mismo.

Esto todavía deja muchas cosas que los historiadores pueden aportar a nuestra investigación del futuro: al descubrimiento de lo que los seres humanos pueden y no pueden hacer al respecto; a la determinación de los marcos y, por consiguiente, los límites, las potencialidades y las consecuencias de las acciones humanas; a la distinción entre lo previsible y lo imprevisible y entre tipos diferentes de previsión. Entre otras cosas, pueden ayudar a desacreditar aquellos absurdos y peligrosos ejercicios de construcción de autómatas mecánicos para la predicción que son populares entre algunos de los que buscan prestigio científico: personas que —de nuevo cito a un sociólogo real— piensan que la forma de predecir revoluciones consiste en cuantificar la pregunta «¿en qué medida tiene que ser extensa y rápida la modernización al principio con el fin de que produzca la revolución social?» por medio de «la recogida de datos comparativos, tanto representativos como temporales». No son los marxistas quienes hacen esto. Pueden y deberían desacreditar los ejercicios aún más peligrosos de futurología que piensan lo impensable como opción de pensar lo que puede pensarse. Pueden tener a los extrapoladores estadísticos en jaque. Pueden, de hecho, decir algo sobre lo que es probable que suceda y todavía más sobre lo que no es probable. No les harán mucho caso, esto es fundamental en la historia. Pero es posible que les escuchen un poquito más si, de hecho, dedican más tiempo a evaluar y mejorar su capacidad de decir algo sobre el futuro y a pregonarlo un poco mejor. A pesar de todo, aún tienen algo que pregonar.